

"Mire el rostro de la mujer, pero ella no les prestaba atención. Su expresión era muy dulce y grave.

Me llevó a un banco de la galería, y yo permanecí de pie a su lado, presto a mirar el libro cuando lo abriera sobre sus rodillas.

Abriéronse las páginas, señalólas con el dedo y yo mire maravillado, porque en las vivientes páginas de ese libro me vi... era la historia de mi vida y en ella figuraban todas las cosas que me habían acontecido desde que naciera. Maravilloso, porque [as paginas de ese libro no eran imágenes ¿comprendes? sino realidades.

Wallace hizo una pausa solemne y me miró, vacilando.

—Adelante —le dije—. Comprendo.

—Eran realidades... sí, debían serlo; las personas se movían, y los objetos iban y venían con ellas; mi amada madre, a quien casi olvidara; después mi padre, severo y rígido; los criados, mi cuarto, todas has cosas familiares de mi casa. Luego la puerta de entrada, y las calles ajetreadas donde iban y venían los vehículos Yo observaba y me maravillaba, y tornaba a mirar casi incrédulo el rostro de la mujer,

volcaba las páginas, salteando ésta y aquélla para ver más y *más* de ese libro, hasta que al fin me descubri merodeando vacilando ante la puerta verde enclavada en el largo muro blanco, y sentí renovados el miedo y el conflicto interior.

"—¿ Y después ? —exclamé, y habría vuelto la página siguiente, pero la mano fría de la mujer me detuvo.

"¿ Después ? —insistí forcejeando suavemente con la mano de la mujer, tirando de sus dedos con toda la fuerza de mis años infantiles, y cuando ella cedió y pasó la página, se inclinó sobre mí como una sombra y me besó en la frente.

"Pero en aquella página no aparecía el jardín encantado, ni las panteras, ni la muchacha que me había llevado de la mano, ni los amigos que no habían querido dejarme ir.

Veíase una calle larga y gris de West Kensington, a esa hora fría del atardecer, antes de encenderse los faroles; y yo me encontraba ahí, pequeño y desdichado, llorando a gritos, a pesar de mis esfuerzos por dominarme; y lloraba porque no podía volver junto a los ama— dos compañeros de juegos que

me habían gritado: "¡Vuelve con nosotros! ¡Vuelve pronto con nosotros!" Yo estaba ahí.

Y ya no era la página de un libro, sino la cruda realidad; aquel sitio encantado y la mano que intentaba detenerme, la mano de esa madre grave a cuyas rodillas estuve pegado, habían desaparecido. ¿Dónde estaban ahora?"

Wallace calló nuevamente y permaneció un rato con los ojos clavados en el fuego.

—¡Oh! ¡La congoja de ese regreso! —murmuró —¿ Y bien? —dije al cabo de uno o dos minutos. —De vuelta en este mundo gris, yo era un pobre desdichado. Al comprender en toda su magnitud lo que me había sucedido, me entregué a una pena irredimible. Y aún llevo en mi la vergüenza la humillación de ese llanto en público y del oprobioso retorno a mi casa. Veo nuevamente a ese anciano caballero de benévolo aspecto, un anciano con lentes de oro, que se detuvo para hablarme... punzándome antes con la punta de su paraguas. —¡Pobre chico! —dijo—. ¿Estás extraviado?

"¡Y yo había nacido en Londres, y tenía más de cinco años! Se empeñó en llarnar a un policia, joven y bondadoso, y en rodearme de curiosos y llevarme a

casa. Sollozando, observado por todo el mundo, temeroso, salí de aquel jardín encantado para volver al umbral de la casa de mi padre.

"Eso es todo cuanto recuerdo de mi visión del jardín... el jardín que aún ahora me obsesiona. Naturalmente, no puedo expresar esa inefable condición de translúcida irrealidad, esa diferencia en relación con los objetos comunes de nuestra experiencia que imperaba allí; pero eso... eso es lo que ocurrió. Si fué un sueño, estoy seguro de que he soñado despierto y que ha sido un sueño extraordinario... ¡Hum! Desde luego, hubo un interrogatorio terrible, por padre de mi tía, mi padre, la nodriza, la institutriz, todos...

"Traté de explicarles, y por primera vez mi padre me dió una paliza por embustero. Más tarde intenté contar el caso a mi tía, y ella volvió a castigarme por reincidir perversamente.

Más tarde se prohibió a todos escucharme, oír una sola palabra del asunto. Hasta me quitaron por un tiempo los libros de cuentos de hadas... porque yo era demasiado "imaginativo". ¿Eh? ¡Si, llegaron a eso! Mi padre era de la vieja escuela... Y mi historia quedó encerrada dentro de mi. Yo la susurraba a mi

almohada: mi almohada que a menudo estaba húmeda y salada de llanto bajo mis labios murmurantes. Y a mis oraciones preestablecidas, menos fervientes, agregaba siempre esta súplica de todo corazón: "¡Te ruego, Señor, que me hagas soñar con el jardín! ¡Oh, llévame nuevamente al jardín!" ¡Llévame al jardín! A menudo, en efecto, soné con él. Quizá he agregado elementos al sueño, quizá lo he alterado, no sé... Debes comprender que esto no es más que una tentativa de reconstruir una experiencia muy temprana sobre recuerdos fragmentarios. Entre éstos y otras memorias subsiguientes de mi infancia, hay una laguna.

Llegó un momento en que me pareció imposible que alguna vez tornara a hablar de aquella prodigiosa vislumbre." Formulé una pregunta obvia.

—No —respondió—. Que yo recuerde, nunca, en aquellos primeros años, intenté reencontrar el camino que conducía al jardín. Ahora esto me parece extraño, pero pienso que después de aquella malaventura acaso se vigilaron con más cuidado mis movimientos, para impedir que me extraviase. No, solo cuando lo conocí intenté buscar nuevamente el jardín. Y creo que hubo una época, aunque ahora parezca

increíble, en que lo olvidé totalmente; puede haber sido alrededor de los ocho o nueve años. ¿Recuerdas cuando yo era un chiquillo en Saint Althestan's?

—Sí, recuerdo.

—Y alguna vez, en ese entonces, di indicios de poseer un sueño secreto?

2

Alzó la mirada con una repentina sonrisa.

—¿Alguna vez jugaste conmigo al "Paso del Noroeste"? No, naturalmente, tú no te acercabas a mí.

"Era de esa clase de juegos —prosiguió— que ocupan el día entero a todo chico imaginativo. La idea era descubrir un "Paso del Noroeste" para llegar a la escuela<sup>4</sup>. El camino habitual no presentaba

---

<sup>4</sup> La búsqueda de una comunicación entre el AtUntico y el Pacífico, en el hemisferio norte, ocupó a varias generaciones de exploradores. Esc "Paso del Noroeste" se encontró finalmente en las zonas árticas, pero resultó tan innicado que no se empleó como vía usual de comunicación entre ambos océanos. De ahí el juego que menciona el autor (N. *del T.*)

dificultades; el juego consistía en buscar un camino que no fuera sencillo, saliendo de casa diez minutos antes en alguna dirección imprevista, y abriéndose paso hasta la meta a través de calles desconocidas.

Y un día me encontré extraviado en unas callejas de barrio pobre, más allá de Camp den Hill, y comencé a pensar que por primera vez el juego me resultaría adverso y llegaría tarde a la escuela. Casi desesperado, me interné por un camino que parecía un callejón sin salida, y en su extremo descubrí un pasaje. Lo recorrí apresuradamente, con renovada esperanza.

“—¡ Todavía he de llegar a tiempo!, exclamé pasando ante una hilera de sucias tiendas que me parecieron inexplicablemente familiares. Y de pronto, ;oh, prodigio!, ahí estaba el largo muro blanco y la puerta verde que conducía al jardín encantado.

"Fué una revelación instantánea. ¡Eso quería decir que el jardín, el maravilloso jardín no era tin sueño!"

Hizo una pausa.

—Supongo que mi segunda experiencia de la puerta verde pone de manifiesto el mundo de distancia que hay entre la vida laboriosa de un escolar y la

infinita holganza de una criatura. Sea como fuere, esta vez no se me ocurrió ní por un momento entrar directamente. No se si comprendes... En primer término, dominaba en mi espíritu la idea de llegar a tiempo a la escuela; estaba decidido a no quebrar toda una trayectoria de puntualidad.

Indudablemente, debí experimentar algún deseo de abrir la puerta... sí. Debí sentirlo. Pero me parece recordar que consideré la atracción de la puerta simplemente como un nuevo obstáculo para mi suprema decisión de llegar a la escuela. Ese descubrimiento, desde luego, me interesó inmensamente: me fuí con el pensamento puesto en él pero me fui. La puerta no pudo refrenarme. Pasé de largo, corriendo; saqué el reloj y comprobé que aún me quedaban diez minutos; poco más tarde me encontraba bajando un declive, ya en sitios familiares.

Llegué a la escuela jadeante, es cierto, y empapado en sudor, pero a tiempo. Recuerdo que colgué el abrigo y la gorra... Había pasado junto a la puerta y había seguido de largo. ¿Extraño, verdad?" Me miró pensativamente.



—Naturalmente, yo no sabía en aquel momento que la puerta no siempre estaría ahí. La imaginación de un niño es limitada.

Supongo que me pareció maravilloso que estuviera allí y que yo conociera el camino para volver a ella. Pero ya la escuela me imponía sus exigencias. Imagino que estuve muy distraído y desatento esa mañana, recordando cuanto podía de los extraños y hermosos seres a quienes pronto vería nuevamente. Aunque parezca raro, no abrigaba la menor duda de que se alegrarían de verme ... Sí, aquella mañana debí considerar ese jardín como un hermoso lugar al que uno podía volver en los intervalos de una ardua carrera escolástica.

"Y en efecto, aquel día no fuí. El día siguiente era semiferiado; quizá eso influyó. Quizá también, la distracción elaboró en mi estado de ánimo ciertas imposiciones, reduciendo el margen de tiempo que en realidad necesitaba para mi excursión. No lo sé. Lo que se es que ahora el jardín encantado dominaba a tal punto mis pensamientos, que ya no pude guardar el secreto.

"Lo confié a un chico con aspecto de hurón, cuyo nombre no recuerdo. Lo apodábamos Squiff." — Se llamaba Hopkins —dije.

—Eso es, Hopkins. No me fué agradable decírselo. Tenía la impresión de que en cierto modo revelar el secreto era contrariar determinadas reglas, pero se lo dije. Él solía acompañarme en parte del trayecto a mí casa; era muy locuaz, y si no hubieramos hablado del jardín encantado habríamos hablado de otra cosa, y a mí me resultaba intolerable pensar en otra cosa. Por eso se lo dije.

"Bueno, él divulgó mi secreto. Al día siguiente, en el recreo, me ví rodeado de media docena de chicos mayores que yo, que me fastidiaban y parecían muy curiosos por saber algo más del jardín encantado. Estaba ese grandote de Fawcett, ¿ lo recuerdas?, y también Carnaby y Morley Reynolds. ¿ Tú también, por casualidad? No, creo que lo recordaría...

"Un niño es un ser de extraños sentimientos. Realmente creo que, a pesar de mi secreto disgusto conmigo mismo, en el fondo me sentía un poco halagado por llamar la atención de aquellos compañeros mas grandes que yo.

Recuerdo en particular el placer que me causó el elogio de Crashaw (¿recuerdas a Crashaw, que llegó a alcalde y que era hijo de un compositor?); dijo que era el mejor embuste que había oído. Pero al mismo tiempo yo experimentaba un oscuro sentimiento de vergüenza, realmente doloroso, por haber dejado escapar lo que a mi juicio era un secreto sagrado.

Y esa bestia de Fawcett se permitió una broma acerca de la muchacha vestida de verde..."

La voz de Wallace se hizo más sorda al recuerdo de la humillación.

—Fingí no oír —continuó—. Bueno, después Carnaby me llamó mentiroso y riñó conmigo cuando le dije que el episodio era verídico. Afirmé que sabía dónde estaba la puerta y que en diez minutos podía conducirlos a ella. Carnaby se mostró ofensivamente virtuoso, y respondió que tendría que hacerlo y probar mis palabras o sufrir las consecuencias ¿Carnaby nunca te retorció el brazo? Entonces quizá comprenderás mi situación. Juré que mi historia era cierta.

Por aquel entonces no había nadie en la escuela capaz de salvar a uno de las iras de Carnaby, aunque Crashaw quiso calmarlo. Pero Carnaby

gozaba del juego. Yo me excité, senti que mis orejas se ponían rojas, empecé a sentir miedo.

Me comporté como un chico estúpido, y el resultado fué que en lugar de dirigirme solo a mi jardín encantado, abrí la marcha —con las mejillas encendidas, las orejas encarnadas, los ojos febriles y el alma convertida en un ardor de angustia y miseria— seguido por un grupo de seis camaradas burlones, curiosos y amenazantes.

"Y no encontramos el muro blanco ni la puerta verde..."

—¿Quieres decir que ... ?

—Quiero decir simplemente que no pude encontrarla. A pesar mío.

"Y mis tarde, cuando pude volver solo, tampoco la encontré. Jamás la encontré .Ahora me parece que la estuve buscando siempre, en aquellos días del colegio, pero sin hallarla nunca... nunca."

—¿Y los compañeros... se mostraron desagradables?

—Bestialmente ... Carnaby celebró una especie de consejo de guerra me hizo juzgar acusindome de embustero y malvado. Recuerdo que volví a casa y

subí furtivamente a mi cuarto, para ocultar las huellas de las lágrimas.

Y seguí llorando hasta quedarme dormido, mas no por Carnaby, sino por él jardín, por la hermosa tarde que había anhelado, por las dulces y amigables mujeres, por los compañeritos que me aguardaban, por el juego que había ansiado aprender nuevamente, ese hermoso juego olvidado...

"Llegué a creer firmemente que si no hubiera revelado el secreto... En fin, lo cierto es que después atravesé malos momentos: lloraba de noche y fantaseaba de día. Durante dos bimestres dejé de estudiar y tuve malas notas. ¿Recuerdas? Si, debes recordarlo.

Fuiste tú, al superarme en matemáticas, quien me lanzó nuevamente a la brecha."

3

Durante ún rato mi amigo contempló silenciosamente el rojo corazón del fuego.

Después dijo: —No volví a verla hasta los diecisiete años. "Apareció ante mi por tercera vez cuando me dirigía a Paddington, en camino a Oxford, donde debía disputar una beca. Fué apenas una momentá-

nea vislumbre. Iba arrellanado en el coche, fumando ún cigarrillo y creyéndome sin duda ún cabal hombre de mundo, cuando de súbito divisé la puerta y la pared y experimenté la certidumbre de cosas inolvidables y todavía asequibles.

"El carruaje siguió de largo, traqueteando; tomado de sorpresa, no atiné a detenerlo antes de que se alejara bastante y doblara la esquina. Entonces viví una extraña experiencia, ún doble y divergente movimiento de mi voluntad: golpeé con los nudillos la portezuela del techo del carruaje y bajé el brazo para sacar mi reloj.

"—¡Si, señor! —repuso vivamente el conductor. "— Este... perdone... no es nada —repliqué—. Un error. No nos queda mucho tiempo. ¡Siga!

"Y seguimos...

"Gané la beca. Y la noche en que supe la noticia me senté junto al fuego en mi pequeña habitación del piso alto, mi estudio, en casa de mi padre, cuando aún sonaban en mis oídos sus elogios (que nunca prodigaba) y sus sanos consejos; y mientras fumaba mi pipa favorita (esa formidable "bulldog" de la adolescencia) pensé en la puerta del largo muro blanco.

"Si me hubiera detenido —pensé—, habría perdido la beca, no hubiese entrado en Oxford, habría echado a perder la brillante carrera que me aguarda. Ahora empiezo a ver mejor las cosas.

"Así estuve cavilando hondamente, pero sin dudar de que mi carrera era algo que merecía un sacrificio.

"Aquellos amados amigos, aquella atmósfera límpida, eranme muy caros, muy entrañables, pero remotos. Mis ambiciones se centraban ahora en el mundo. Miraba abrirse otra puerta: la puerta de mi carrera."

Una vez más contempló fijamente el fuego. Por un instante fugaz, el cárdeno resplandor destacó en su rostro un gesto de porfiada energía, que en seguida se desvaneció.

—Pues bien —continuó con un suspiro—, he realzado mi carrera. He trabajado mucho, he trabajado duramente. Pero mil veces he soñado con el hechizado jardín y en cuatro ocasiones, a partir "de aquel día... he visto o columbrado su puerta. Sí, cuatro veces.

Durante algún tiempo este mundo me pareció tan espléndido e interesante, tan lleno de significado y oportunidades, que el semidesvaído encanto del jardín

resultaba, en comparación, muy tenue y remoto. ¿Acaso hay alguien que desee acariciar una pantera cuando va a cenar con hermosas mujeres y hombres ilustres? Cuando de Oxford regresé a Londres, yo era un hombre pujante, lleno de promesas que en parte se han cumplido. En parte. Y sin embargo, he tenido mis desengaños...

"Dos veces estuve enamorado. No me extenderé sobre esto, pero en una ocasión, cuando iba a ver a alguien que, yo bien sabía, dudaba de si me atrevería a ir, tomé al azar un atajo, una calle poco frecuentada cerca de Earl's Court, y así me hallé ante el muro blanco y la familiar puerta verde.

"¿Qué extraño! —me dije—. Yo pensaba que este sitio estaba en Campden Hill. Es el lugar que nunca he podido encontrar, cuya búsqueda es empresa más ardua que contar los Stonehenge, el escenario de mis extrañas fantasías.

"Y seguí de largo, firme en mi propósito anterior. Aquella tarde la puerta verde no tenía poder sobre mí.

"Experimenté apenas el momentáneo impulso de probar el picaporte (solo necesitaba para ello dar tres pasos a un costado) , aunque en el fondo de mi



corazón estaba seguro de que se abriría para mí; pero después pensé que al hacerlo quizá llegaría tarde a la cita en que estaba comprometido mí honor.

Más tarde lamenté mucho mí puntualidad; pense que por lo menos podía haberme asomado para hacer una seña amistosa a las panteras. Mas la experiencia me había enseñado ya que no debía buscar tardíamente lo que buscando no se puede encontrar. Sí, esta vez lo lamenté mucho...

"Después pasaron anos de duro trabajo y no volvi a hallar la puerta hasta hace muy poco. Simultáneamente con este reencuentro, he tenido la sensación de que algo asi como una delgada película opaca empezaba a oscurecer mi mundo. La perspectiva de no volver jamás a ver esa puerta comenzó a parecerme triste y amarga.

Quizá estaba sufriendo las primeras consecuencias del exceso de trabajo, quizá se apoderaba de mí el sentimiento de frisar ya en los cuarenta años. No sé. Pero es indudable que las cosas no tienen para mí ese vivo resplandor que facilita el esfuerzo; y esto me ocurre cuando debería estar trabajando, participando en los nuevos acontecimientos políticos. Extraño, ¿ verdad? La vida se me hace fatigosa, y sus frutos,

cuando estoy a punto de obtenerlos, carentes de valor. Hace poco comencé a desear intensamente el jardín. Sí ...y tres veces he visto ... "

—¿ El jardín?

—No. La puerta. Y no he entrado.

Se inclinó hacia mí sobre la mesa y su voz reflejaba una pena inmensa.

—Tres veces se me presentó la oportunidad ... tres veces! Había jurado que si esa puerta volvía a ofrecerse, entraría por ella, saldría de este polvo, de este calor, de este superfluo oropel de vanidades, de estas laboriosas futilidades.

Entraría para no volver nunca. Esta vez me quedaría... Lo había jurado, mas cuando llegó el momento, no entré.

"Tres veces en un año pasé ante esa puerta sin entrar. Tres veces en el último año.

"La primera fue la noche en que hubo aquel reñido debate sobre la Ley de Arrendamientos, en cuya votación el gobierno se salvó apenas por tres sufragios. ¿Recuerdas? Ninguno de nuestros partidarios, y quizá muy pocos de nuestros rivales, pensaba que la sesión pudiera levantarse durante la noche.

Pero de pronto el debate se vino abajo como un castillo de naipes. Hotchkiss y yo estábamos cenando con su primo en Brentford; ambos habíamos abandonado el recinto. Nos llamaron por teléfono e inmediatamente nos pusimos en camino en el automóvil del primo. Llegamos apenas a tiempo, y en el trayecto pasamos ante el muro y la puerta, pálidos a la luz de la luna, manchados de un cálido amarillo al iluminarlos nuestros faros, pero inconfundibles.

"—¡Dios mio! —exclamé. "—¿Oué? —preguntó Hotchkiss. —Nada —repuse.

"Y así pasó el momento.

"—He realizado un gran sacrificio —dije, al entrar, al presidente del bloque.

"—Todos se han sacrificado —me respondió y pasó de prisa a mi lado.

"No veo cómo podía haber obrado de otro modo. Y mi próximo encuentro con la puerta ocurrió cuando corría a la cabecera de mi padre, para dar a ese severo anciano el último adiós. También en esta oportunidad las exigencias de las circunstancias fueron imperativas. Pero la tercera vez la situación fue distinta. Sucedió hace una semana, y al recordarlo aún me inunda un ardiente remordimiento. Estaba con

Gurker y Ralphs... Ya no es un secreto, tú lo sabes, que he hablado con Gurker.

Habíamos estado cenando en Frobisher's y la conversación tomó un sesgo íntimo. El problema del lugar que yo ocuparía en el nuevo ministerio escapaba a la órbita de nuestra discusión. Sí, si... Ahora todo eso está arreglado.

No conviene comentar el asunto todavía, pero no tengo por que ocultarte un secreto ... Si ... Gracias, gracias. Pero deja que te cuente el resto de la historia.

"Aquella noche las cosas estaban un poco en el aire. Mi posición era muy delicada. Yo tenía vivos deseos de conseguir una respuesta definida de Gurker, pero me estorbaba la presencia de Ralphs. Utilizaba toda mi capacidad mental para que esa conversación ligera y despreocupada no apuntase con demasiada evidencia al terra que me interesaba. Esto era indispensable. La actitud de Ralphs a partir de aquel momento ha justificado de sobra mi desconfianza... Yo sabía que Ralphs iba a dejarnos mas allá de Kensington High Street, y entonces podría sorprender a Gurker abordando francamente el asunto. A veces uno tiene que recurrir a esas pequeñas estratagemas... Y: fué entonces cuando allí

adelante, en el límite de mi campo visual, percibí una vez más la pared Blanca y la puerta verde.

"Pasamos ante ella conversando. Yo pasé ante ella. Todavía puedo ver la sombra del aguzado perfil de Gurker, de su sombrero de copa inclinado sobre su prominente nariz, de los numerosos pliegues de su bufanda; y después mi propia sombra y la de Ralphs.

"Pasé a veinte pulgadas de esa puerta.

¿Qué ocurriría —pensé— si les diera las buenas noches y entrara?

"Y estaba ansioso por hablar a solas con Gurker.

"Asediado por un cúmulo de problemas, me era imposible responder a esa pregunta.

"Pensarán que estoy loco —me dije—. Y si llegara a desaparecer... Misteriosa desaparición de tan importante personaje político.

"Esto influyó en mí. Un millar de consideraciones mundanas inconcebiblemente mezquinas obraron sobre mí en esa crisis."

Me miró con sonrisa apenada. —Y aquí estoy —dijo lentamente.

—Aquí estoy —repitió— y he perdido mi última oportunidad. Tres veces en un año se me brindó esa

puerta... esa puerta que conduce a la paz, a la felicidad, a una belleza no soñada, a una bondad que ningún hombre puede imaginar.

Y yo la he rechazado, Redmond, y no volverá a aparecer... —¿Cómo lo sabes?

—Lo sé Lo sé. Y ahora he quedado solo con mi trabajo, con los compromisos que tan fuertemente me retuvieron cuando llegó el momento de la decisión. Tú dices que he tenido éxito, que he conseguido esa cosa vulgar, chillona, tediosa y envidiada que llaman éxito. ¡Y es cierto! —Tenía en la mano, en su mane poderosa, una nuez—. Si esto fuese mi éxito... —y la aplastó entre los dedos y me mostró los fragmentos desmenuzados.

—Te diré una cosa, Redmond. Esa pérdida me está destruyendo. Hace dos meses, hace casi diez semanas, que no hago trabajo alguno, salvo las tareas más necesarias y urgentes. Mi alma está llena de inextinguibles remordimientos.

De noche, cuando creo que podré pasar inadvertido, salgo y ambulo por las calles. Si. Me pregunto que diría la gente si lo supiera. ¡Un ministro del gabinete, la cabeza responsable de la mas importante de las reparticiones, errando solo... pensando... lamen-

tándose a veces casi en voz alta... en busca de una puerta, de un jardín!

4

Aún me parece ver su rostro mas bien pálido y el fuego extraño y sombrío que inundaba sus ojos. Esta noche lo recuerdo vívidamente. Rememoro sus palabras, su acento, mientras aún yace en mi sofá la *Westminster Gazette* de anoche con la noticia de su muerte. Hoy, a la hora del almuerzo, todos los socios del club comentaban el asunto. No hemos hablado de otra cosa.

Encontraron su cadaver ayer por la mañana, muy temprano, en una profunda excavación próxima a la estación de East Kensington. Es uno de los dos túneles construidos recientemente en las obras de prolongación del ferrocarril hacia el Sur.

Para impedir el acceso del público, está protegido por una empalizada, sobre el camino real; y en esa empalizada habia una puerta pequeña, para dar paso a los obreros que viven en esa dirección. La puerta quedó abierta, por culpa de un malentendido entre dos trabajadores, y Wallace entró por ella.

Una legión de preguntas, de enigmas, oscurecen mi espíritu.

Al parecer, recorrió todo el camino a pié, desde el Parlamento (a menudo ha regresado caminando a su casa durante el último período de sesiones) , y es así como imagino su oscura silueta, absorta y decidida, avanzando por las calles desiertas y nocturnas. ¿Acaso los pálidos focos eléctricos dieron a los toscos tablones una semblanza de blancura? ¿Quizá esa puerta fatal y abierta despertó en él algún recuerdo?

Y al fin y al cabo, ¿existió alguna vez la puerta verde en el muro?

No to sé. He referido su historia tal como él me la contó A veces creo que Wallace fué simple víctima de la conjunción de ciertas alucinaciones raras, más no sin precedentes, y de una trampa tendida por descuido; pero ésta no es la más profunda de mis convicciones. Pensad, si queréis, que soy supersticioso y tonto; pero en el fondo estoy casi plenamente convencido de que Wallace poseía en verdad una facultad anormal, cierto sentido, algo (no se cómo llamarlo) que bajo la apariencia de un muro y una pared le ofrecía una salida, un secreto y singular camino de evasión que conducía a otro mundo mucho



mas hermoso. Si es asi, diréis, esa facultad lo traicionó a último momento. Pero, ¿realmente lo traicionó? En ese punto rozáis el mas íntimo misterio de estos soñadores, estos hombres imaginativos y visionarios. Nosotros vemos el mundo corriente y vulgar, vemos la empalizada y el foso. Para el juicio común, Wallace salió de un mundo de seguridades para internarse en la oscuridad, en el peligro, en la muerte. Pero ¿acaso él participaba de ese juicio?

GUILLAUME APOLLINAIRE

# **EL POETA RESUCITADO**

**GUILLAUME APOLLINAIRE**, poeta francés, precursor o creador del surrealismo, nació en Roma en 1880. Obras: L'Herésiarque et Cie, Alcools, Calligrammes, Le Poete Assassine. A este último libro pertenece el breve y extrañísimo relato que sigue, escrito durante la primera guerra mundial. Quizá "para recibir cortésmente a la victoria" en compañía de los personajes de su cuento, Apollinaire murió el día en que se firmó el armisticio, en 1918.

## VII

### EL POETA RESUCITADO

El nuevo Lázaro se sacudió como un perro mojado y salió del cementerio. Eran las tres de la tarde y por todas partes estaban pegando los cartelones referentes a la movilización.

ESTE ES  
EL ATAÚ  
D E N Q U  
É EL YA  
CÍA PÁL  
IDO Y P  
UDRIÉ  
NDO  
SE

Reclamó en la gendarmería un duplicado de su libreta militar, y como estaba en el servicio auxiliar se hizo trasladar al servicio activo.

Vivía desde hacía unos tres meses en la guarnición del noveno regimiento de artillería de campaña en N. m. s.

Una tarde, a eso de las 6, leía melancólicamente este extraño anuncio que decora una pared en una callejuela próxima a les *Arenes*

LA  
CASA PLATON  
NO TIENE SUCURSAL

cuando a su lado se irguió un extraño brigadier, que formaba parte de su regimiento y cuyo rostro estaba cubierto por una máscara ciega.

—Sígueme —le dijo la máscara extraña—. ¡Y cuidado con el ajeno! ¡Atención!

—Le sigo, brigadier —dijo el nuevo Lázaro—; pero, dígame, ¿está usted herido?

—Tengo una máscara, artillero —dijo el brigadier misterioso—, y esa máscara oculta todo lo que desearías saber, todo lo que querías ver, oculta la respuesta a todas tus preguntas desde que has vuelto a la vida, enmudece todas las profecías y gracias a ella ya no te es posible conocer la verdad.

Y el artillero resucitado siguió al brigadier enmascarado y llegaron a la iglesia de los Carmelitas y tomaron el camino de Uzes, que llevaba a los cuarteles.

Entraron, atravesaron el patio de honor, fueron hasta el parque, detrás de los edificios, y allí, apoyándose contra la rueda izquierda de un 75, el brigadier se desenmascaró de pronto y el poeta resucitado vió ante sí todo lo que quería saber, todo lo que quería ver.

En grandes paisajes de nieve y de sangre, vió la dura vida de los frentes; el esplendor de los obuses que estallaban, la mirada desvelada de los centinelas exhaustos de fatiga; el enfermero que da de beber al herido; el sargento de artillería, agente de enlace de un coronel de infantería, que espera con impaciencia la carta de su amiga; el jefe de sección que inicia la guardia en la noche cubierta de nieve; el Rey—Luna flotaba encima de las trincheras y gritaba, no ya en alemán sino en francés:

"A mí me toca quitarle la corona que di a su abuelo."

Al mismo tiempo lanzaba pequeñas bombas de angustia y de locura sobre sus regimientos bávaros; en el cuerpo de garibaldinos, Giovanni Moroni recibía una bala en el vientre y moría pensando en su madre Attilia; en Paris, David Bakar tejía pasamontañas para los soldados y leía *L'Echo de Paris*; Viersélin Tigoboth conducía un cañón automóvil belga hacia

Ypres; Mme. Muscade cuidaba a los heridos en un hospital de Cannes; Paponat era sargento furriel en un parque de infantería en Lisieux; René Dalize comandaba una compañía de ametralladoras; el pájaro de Benin camuflaba piezas de artillería pesada; en Szepeny, Hungría, un elegante viejecito se suicidaba ante el altar donde reposa la urna de Santa Adorata. En Viena, el conde Polaski, cuyo castillo está en los alrededores de Cracovia, compraba a un ropavejero una extraña máscara en forma de pico de águila, el *feldwebel* Hannes Irlbeck ordenaba a sus reclutas asesinar a un viejo sacerdote ardenés y a cuatro jovencitas indefensas; el viejo ventríloco cómico Chrislam Barrow daba funciones en los hospitales de Londres para distraer a los heridos.

Después el poeta resucitado vió los mares profundos, las minas flotantes, los submarinos, las poderosas escuadras.

Vió los campos de batalla de Prusia Oriental, de Polonia, la calma de una pequeña aldea siberiana, combates en África, Anzac y Sedul—Bar, Salónica, la elegancia desollada e infinitamente terrible del mar de trincheras en la piojosa Champana, el subteniente herido que llevan a la ambulancia, los jugadores de *baseball* en Connecticut; y batallas, batallas; mas en el

momento en que iba a ver el fin de todo, y sobre todo aquello que deseaba conocer, el brigadier se puso nuevamente su máscara ciega y dijo antes de irse:

—Artillero, has faltado al llamado. Has estado ausente.

En aquel momento la trompeta tocó las tiernas, melancólicas notas de la extinción de los fuegos. Levantando la cabeza antes de volver a su cuadra, el poeta resucitado vió que en el cielo las estrellas se habian agrupado y que sin apagarse se deshojaban en perfumados pétalos: y, puntos de impacto de millones de gritos lanzados por la tierra y por el cielo, formaban esta deslumbrante inscripción:

V I V A   F R A N C I A  
D U E R M E E N S U  
C A T R E C I T O D E  
S O L D A D O M I  
P            O            E  
T                            A  
R                            E  
S                            U  
C                            I  
T                            A  
D                            O



Después se marchó como los otros con un destacamento...

Y el frente se iluminó, los hexaedros giraron, las flores de acero se abrieron, las alambradas de púa enflaquecieron de deseos sangrientos, las trincheras se abrieron como hembras ante los machos.

Mientras el poeta oía maullar los obuses sobre los hipogeos que cavan los soldados, una Dama maravillosa acariciaba su collar de hombres atentos, ese collar sin igual, gargantilla de todas las razas que chorrea fuegos sin número.

Et les chevaux de frise écumaient sous la pluie  
O glauque jour où va le regiment de sites. O  
tranchées, soeurs profondes des murailles.

Después de llegar a caballo hasta las líneas, con su pelotón de rondines y envuelto en vapores asfixiantes, el brigadier de la máscara ciega sonreía amorosamente al porvenir cuando un obús de grueso calibre le acertó en la cabeza, de donde salió, como una sangre pura, una Minerva triunfal.

¡De pie, todo el mundo, para recibir cortésmente a la victoria!

SILVINA OCAMPO

# **LA SED**

**SILVINA OCAMPO** nació en Buenos Aires. Ha publicado varios libros de poesías: *Viaje Olvidado*, *Enumeración de la Patria*, *Espacios Métricos*, *Los Nombres*, y una colección de cuentos: *Autobiografía de Irene*. En 1942 obtuvo el Premio Municipal.

## VIII

### LA SED

Mi amiga Keng-Su me decía:

—En la ventana del hotel brillaba esa luz diáfana que a veces y de un modo fugaz anticipa, en diciembre, el mes de marzo. Sientes como yo la presencia del mar: se extiende, penetra en todos los objetos, en los follajes, en los troncos de los árboles de todos los jardines, en nuestros rostros y en nuestras cabelleras.

Esta sonoridad, esta frescura que solo hay en las grutas, hace dos meses entró en mi luminosa habitación, trayendo en sus pliegues azules y verdes algo más que el aire y que el espectáculo diario de las plantas y del firmamento.

Trajo una mariposa amarilla con nervaduras anaranjadas y negras. La mariposa se posó en la flor de un vaso: reflejada en el espejo agregaba pétalos a la flor sobre la cual abría y cerraba las alas. Me acerqué tratando de no proyectar una sombra sobre ella: los lepidópteros temen las sombras. Huyó de la sombra de mi mano para posarse en el marco del espejo.

Me acerque de nuevo y pude apresar sus alas entre mis dedos delicados. Pense: "Tendría que soltarla. No es una flor, no puedo colocarla en un florero, no puedo darle agua, no puedo conservarla entre las hojas de un libro, como un pensamiento". Pensé: "No es un pájaro, no puedo encerrarla en una jaula de mimbre con una pequeña bañera y un tarrito enlozado, con alpiste". —Sobre la mesa —prosiguió—, entre mis peinetas y mis horquillas, había un alfiler de oro con una turquesa. Lo tomé y atravesé con dificultad el cuerpo resistente de la mariposa —ahora cuando recuerdo aquel momento me estremezco como si hubiera oído una pequeña voz quejándose en el cuerpo oscuro del insecto. Luego clavé el alfiler con su presa en la tapa de una caja de jabones donde guardó la lima, la tijera y el barniz con que pinto mis uñas.

La mariposa abría y cerraba las alas como siguiendo el ritmo de mi respiración. En mis dedos quedó un polvillo irisado y suave. La dejé en mi habitación ensayando su inmóvil vuelo de agonía.

A la noche, cuando volvi, la mariposa había volado llevándose el alfiler. La busqué en el jardín de la plaza, situada frente al hotel, sobre las favoritas y las retamas, sobre las flores de los tilos, sobre el

césped; sobre un montón de hojas caídas. La busqué vanamente.

En mis sueños sentí remordimientos. Me decía: ¿Por qué no la encerré adentro de una caja? ¿Por qué no la cubrí con un vaso de vidrio? ¿Por qué no la perforé con un alfiler mis grueso y pesado?"

Keng-Su permaneció un instante silenciosa. Estábamos sentadas sobre la arena, debajo de la carpa. Escuchábamos el rumor de las olas tranquilas. Eran las siete de la tarde y hacía un inusitado calor.

—Durante muchos días no vine a la playa — continuó Keng—Su anudando su cabellera negra—; tenía que terminar de bordar una tapicería para Miss Eldington, la dueña del hotel. Sabes cómo es de exigente. Además yo necesitaba dinero para pagar los gastos.

Durante muchos días sucedieron cosas insólitas en mi habitación. Tal vez las he soñado.

Mi biblioteca se compone de cuatro o cinco libros que siempre llevo a veranear conmigo. La lectura no es uno de mis entretenimientos favoritos, pero siempre mi madre me aconsejaba, para que mis sueños fueran agradables, la lectura de estos libros: *El libro de Mencius, La Fiesta de [as Linternas,*

*Hoei—Lan Ki* (Historia del círculo de tiza) y *El Libro de las Recompensas y de las Penas*.

Varias veces encontré el último de estos libros abierto sobre mi mesa, con algunos párrafos marcados con pequeños puntitos que parecían hechos con un alfiler. Después yo repetía, involuntariamente, de memoria estos párrafos. No puedo olvidarlos.

—Keng-Su, repítelos, por favor. No conozco esos libros y me gustaría oír esas palabras de tus labios. Keng—Su palideció levemente y jugando con la arena me dijo:

—No tengo inconveniente. A cada día correspondía un párrafo. Bastaba que saliera un momento de mi habitación para que me esperara el libro abierto y la frase marcada con los inexplicables puntitos. La primera frase que leí fué la siguiente:

"Si deseamos sinceramente acumular virtudes y atesorar méritos tenemos que amar no solo a los hombres, sino a los animales, pájaros, peces, insectos, y en general a todos los seres diferentes de los hombres, que vuelan, corren y se mueven."

Al otro día leí: "Por pequeños que seamos, nos anima el mismo principio de vida: todos estamos

arraigados en la existencia y del mismo modo tememos la muerte."

Guardé el libro dentro del armario, pero al otro día lo encontré sobre mi cama, con este párrafo marcado: "Caminando, de pié sentada o acostada, si ves un insecto pereciendo, trata de liberarlo y de conservarle la vida. ¡Si lo matas con tus propias manos, que destino te esperará!..." "

Escondí el libro en el cajón de la cómoda, que cerré con Have; al otro día estaba sobre la cómoda, con la siguiente leyenda subrayada:

"Song-Kiao, que vivió bajo la dinastía de los Song, un día construyó un puente con pequeñas cañas para que unas hormigas cruzaran un arroyo, y obtuvo el primer grado de Tchoang-Youen (primer doctor entre los doctores). Keng-Su, ¿qué obtendrás por tu oscuro crimen?... "

A las dos de la mañana, el día de mi cumpleaños, creí volverme loca al leer:

"Aquel que recibe un castigo injusto conserva un resentimiento en su alma."

Busqué en la enciclopedia de una librería (conozco al dueño, un Hombre bondadoso, y me permitió consultar varios libros) el tiempo que viven los insectos



lepidópteros después de la última metamorfosis; pero como existen cien mil especies diferentes es difícil conocer la duración de la vida de los individuos de cada especie; algunos, en estado de imago, viven dos o tres días; pero ¿pertenece mi mariposa a esta especie tan efímera?

Los párrafos seguían apareciendo en el libro, misteriosamente subrayados con puntitos: "Algunos hombres caen en la desdicha; otros obtienen la dicha. No existe un camino determinado que los conduzca a una u otra parte. Depende todo del hombre, que tiene el poder de atraer el bien o el mal, con su conducta. Si el hombre obra rectamente obtiene la felicidad; si obra perversamente recibe la desdicha. Son rigurosas las medidas de la dicha y de la aflicción, y proporcionadas a las virtudes y a la gravedad de los crímenes."

Cuando mis manos bordaban, mis pensamientos urdían las tramas horribles de un mundo de mariposas.

Tan obcecada estaba, que estas marcas de mis labores, que llevo en la yema de los dedos, me parecían pinchazos de la mariposa.

Durante las comidas intentaba conversaciones sobre insectos, con los compañeros de mesa. Nadie

se interesaba en estas cuestiones, salvo una señora que me dijo: "A veces me pregunto cuánto vivirán las mariposas. ¡Parecen tan frágiles! Y he oído decir que cruzan (en grandes bandadas) el océano, atravesando distancias prodigiosas. El año pasado había una verdadera plaga en estas playas".

A veces tenía que deshacer una rama entera de mi labor: insensiblemente había bordado con lanas amarillas, en lugar de hojas o de pequeños dragones, formas de alas.

En la parte superior de la tapicería tuve que bordar tres mariposas. ¿Por que hacerlas me repugnaba tanto, ya que involuntariamente, a cada instante, bordaba sus alas?

En esos días, como sentía cansada la vista, consulté a un médico. En la sala de espera me entretuve con esas revistas viejas que hay en todos los consultorios. En una de ellas vi una lamina cubierta de mariposas. Sobre la imagen de una mariposa me pareció descubrir los puntitos del alfiler; no podría asegurar que esto fuera justificado, pues el papel tenía manchas y no tuve tiempo de examinarlo con atención.

A las once de la noche caminé hasta el espigón proyectando un viaje a las montañas. Hacia frío y el agua me contemplaba con crueldad.

Antes de regresar al hotel me detuve debajo de los árboles de la plaza, para respirar el olor de las flores. Buscando siempre la mariposa, arranqué una hoja y ví en la verde superficie una serie de agujeritos: pertenecían, sin duda, a un hormiguero.

Pero en aquel momento pense que mi visión del mundo se estaba transformando y que muy pronto mi piel, el agua, el aire, la tierra y hasta el cielo se cubrirían de esos puntitos, y entonces —fue cómo el relámpago de una esperanza— pensé que no tendría motivos de inquietud, ya que una sola mariposa, con un alfiler, a menos de ser inmortal, no sería capaz —de tanta actividad.

Mi tapicería estaba casi concluida y las personas que la vieron me felicitaron.

Hice nuevas incursiones en el jardín de la plaza, hasta que descubrí, entre un montón de hojas, la mariposa. Era la misma, sin duda. Parecía una flor mustia. Envejecidas las alas, no brillaban. Ese cuerpo, horadado, torcido, había sufrido. La miré sin compa-

sión. Hay en el mundo tantas mariposas muertas. Me sentí aliviada.

Busqué en vano el alfiler de oro con la turquesa. Mi padre me lo había regalado. En el mundo no hallaría otro alfiler como ése. Tenía el prestigio que solo tienen los recuerdos de familia.

Pero una vez más en el libro tuve que ver un párrafo marcado:

"Hay personas que inmediatamente son castigadas o recompensadas; hay otras cuyas recompensas y castigos tardan tanto en llegar que no las alcanzan sino en los hijos o en los nietos. Por eso hemos visto morir a jóvenes cuyas culpas no parecían merecer un castigo tan severo, pero esas culpas se agravaban con los crímenes que habían cometido sus antepasados."

Luego leí una frase interrumpida: "Como la sombra sigue los cuerpos... "

Con que impaciencia había esperado esa mañana, y que indiferente resultó después de tantos días de sufrimiento: pasé la aguja con la última lana por la tapicería (esa lana era del color oscuro que daña mi vista).

Me saqué los anteojos y salí del trabajo como de un túnel. La alegría de terminar un bordado se parece a la inocencia. Logré olvidarme de la mariposa —continuo Keng—Su ajustando en sus cabellos una tira de papel amarillo—. El mar, como un espejo, con sus volados blancos de espuma, me besaba los pies. Yo he nacido en América y me gustan los mares. Al penetrar en las ondas vi algunas mariposas muertas que ensuciaban la orilla. Salté para no tocarlas con mis pies desnudos.

Soy buena nadadora. Me has visto nadar algunas veces, pero las olas entorpecían mis movimientos. Soy nadadora de agua dulce y no me gusta nadar con la cabeza dentro del agua. Tengo siempre la tentación de alejarme de la costa, de perderme debajo del cóncavo cielo.

—¿No tienes miedo? A doscientos metros de la costa ya me asusta la idea de encontrar delfines que podrían escoltarine hasta la muerte —le dije.

Keng-Su desaprobó mis temores. Sus oblicuos ojos brillaban.

—Me deslicé perezosamente —continuó—. Creo que sonreí al ver el cielo tan profundo y al sentir mi cuerpo transparente e impersonal como el agua.

Me parecía que me despojaba de los días pasados como de una larga pesadilla, como de una vestidura sucia, como de una enfermedad horrible de la piel. Suavemente recobraba la salud.

La felicidad me penetraba, me anonadaba. Pero un momento después una sombra diminuta sobre el mar me perturbó: era como la sombra de un pétalo o de una hoja doble; no era la sombra de un pez.

Alcé los ojos. Vi la mariposa: las llamas de sus alas luminosas oscurecían el color del cielo. Con el alfiler fijo en el cuerpo —como un órgano artificial pero definitivamente adherido—, me seguía. Se elevaba y bajaba, rozaba apenas el agua delante de mi, como buscando un apoyo en flores invisibles. Traté de capturarla. Su velocidad vertiginosa y el sol me deslumbraban. Me seguía, vacilante y rápida; al principio parecía que la brisa la llevaba sin su consentimiento; luego creí ver en ella mas resolución y mas seguridad. ¿Qué buscaba? Algo que no era el agua, algo que no era el aire, algo que no era una sombra. (Me dirás que esto es una locura; a veces he desechado la idea que ahora te confieso.) Buscaba mis ojos, el centro de mis ojos, para clavar en ellos su alfiler .

El terror se apoderó de mis ojos indefensos como si no me pertenecieran, como si ya no pudiera defenderlos de ese ataque omnipotente.

Trataba de hundir la cara en el agua. Apenas podía respirar. El insecto me asediaba por todos lados. Sentía que ese alfiler, ese recuerdo de familia que se había transformado en el arma adversa, horrible, me pinchaba la cabeza. Afortunadamente, yo estaba cerca de la orilla.

Cubrí mis ojos con una mano y nadé durante cinco minutos que me parecieron cinco años, hasta la costa. El bullicio de los bañistas seguramente ahuyentó a la mariposa. Cuando abrí los ojos, había desaparecido. Casi me desmayé en la arena. Este papel, donde pinté yo misma un dios con tinta colorada, me preserva ahora de todo mal.

Keng-Su me enseñó el papel amarillo, que había colocado tan cuidadosamente entre los dientes de su peineta, sobre su cabellera.

—Me rodearon unos bañistas y me preguntaron que me sucedía. Les dije: "He visto un fantasma". Un señor muy amable me dijo: "Es la primera vez que un hecho así ocurre en esta playa", y agregó: "Pero no es peligroso. Usted es una gran nadadora. No se aflija".

Durante una semana entera pensé en ese fantasma. Podría dibujártelo, si me dieras un papel y un lápiz. No se trata de una mariposa común; se trata de un pequeño monstruo. A veces, al mirarme al espejo, veía sus ojos sobrepuestos a los míos. He visto hombres con caras de animales y me han inspirado cierta repugnancia; un animal con cara humana me produce terror.

Imagínate una boca desdeñosa, de labios finos, rizados; unos ojos penetrantes, duros y negros; una frente abultada y resuelta, cubierta de pelusa. Imagínate una cara diminuta y mezquina —como una noche oscura—, con cuatro alas amarillas, dos antenas y un alfiler de oro; una cara que al desmembrarse conservaría en cada una de sus partes la totalidad de su expresión y de su poder. Imagínate ese monstruo, de apariencia frágil, volando, inexorable (por su misma pequenez e inestabilidad); llegando siempre —tal como yo lo imagino— de la avenida de las tumbas de los Ming.

—Habrás contribuido a formar una nueva especie de mariposas, Keng-Su: una mariposa temible, maravillosa. Tu nombre figurará en los libros de cien-



cia —le dije mientras nos desvestíamos para bañarnos. Consulté mi reloj.

—Son las ocho de la noche. Entremos en el mar. Las mariposas no vuelan de noche.

Nos acercábamos a la orilla. Keng—Su puso un dedo sobre los labios, para que nos calláramos, y señaló el cielo. La arena estaba tibia. Tomadas de la mano, entramos en el mar lentamente para admirar mejor los reflejos del cielo en las olas. Estuvimos un rato con el agua hasta la cintura, refrescando nuestros rostros. Después comenzamos a nadar, con temor y con deleite. El agua nos llevaba en sus reflejos dorados, como a peces felices, sin que hiciéramos el menor esfuerzo.

¿Crees en los fantasmas? Keng-Su me contestaba:

—En una noche como ésta... Tendría que ser un fantasma para creer en fantasmas.

El silencio agrandaba los minutos. El mar parecía un río enorme. En los acantilados se oía el canto de los grillos, y llegaban ráfagas de olores vegetales y de removidas tierras húmedas.

Iluminados por la luna, los ojos de Keng-Su se abrieron desmesuradamente, como los ojos de un animal. Me habló en inglés:

—Ahi está. Es ella.

Vi nítidamente la luna amarilla recortada en el cielo nacarado. Lloraba en la voz de Keng-Su una súplica. Creo que el agua desfigura las voces, suele comunicarles una sonoridad de llanto; pero esta vez Keng-Su lloraba, y no podré olvidar su llanto mientras exista mi memoria. Me repitió en inglés:

—Ahi está. Mírala como se acerca buscando mis ojos.

En la dorada claridad de la luna, Keng-Su hundía la cabeza en el agua y se alejaba de la costa. Luchaba contra un enemigo para mi invisible. Yo oía el horrible chapoteo del agua y el sonido confuso de unas palabras entrecortadas.

Traté de nadar, de seguirla. La llamé desesperadamente. No podía alcanzarla. Nadé hacia la orilla a pedir socorro. Busqué inútilmente al guardamarina, al bañero. Oí el ruido del mar; vi una vez más el reflejo imperturbable de la luna. Me desmayé en la arena. Después debajo de la carpa encontré la tira de papel amarillo, con el ídolo pintado.

Cuando pienso en Keng-Su, me parece que la  
conoci en un sueño.

RUDYARD KIPLING

# **LA LITERA FANTASMA**

Periodista, poeta, cuentista de gran calidad, novelista y —para muchos— intérprete o profeta del imperialismo británico, **RUDYARD KIPLING** nació en Bombay, India, en 1865. En 1907 conquistó el premio Nobel de literatura. Algunas obras: Plain Tales from the Hills, Barrack Room Ballads, Many Inventions, The Jungle Book, Captains Courageous, Kim, etc. Murió en 1936.

## IX

### LA LITERA FANTASMA

"May no ill dreams disturb my rest,  
Nor Powers of Darkness me molest."<sup>5</sup>

Himno Vespertino

Una de las pocas ventajas que tiene la India, comparada con Inglaterra, es la gran facilidad para conocer a las gentes. Después de cinco años de servicio, el hombre menos sociable tiene relaciones directas o indirectas con doscientos o trescientos empleados civiles de su provincia, con la oficialidad de diez o doce regimientos y baterías, y con mil quinientos individuos extraños a la casta de los que cobran sueldo del Estado.

A los diez años sus conocimientos duplicarán las cifras anteriores, y si continúa durante veinte años en el servicio público, estará más o menos ligado con todos los ingleses del Imperio, de tal manera que podrá ir a cualquier parte sin tomar alojamiento en los hoteles.

---

<sup>5</sup> "Que malos sueños no perturben mi descanso ni las Potestades de las Tinieblas me molesten."

Los enamorados de la vida errante, que consideran como un derecho vivir en las casas ajenas, han contribuido ultimamente a desanimar en cierto grado la disposición hospitalaria del inglés; pero hoy como ayer, si pertenecéis al Círculo Íntimo y no sois ni un Oso ni una *Oveja Negra*, se os abrirán de par en par todos las puertas, y encontraréis que este mundo, a pesar de su pequeñez, encierra muchos tesoros de cordialidad y de amistosa ayuda.

Hará quince años, Rickett, de Kamartha, era huésped de Polder, de Kumaon. Su propósito era pasar solamente dos noches en la casa de éste; pero, obligado a guardar cama por haber sufrido un ataque de fiebre reumática, durante mes y medio desorganizó la casa, paralizó el trabajo del dueño de ella y estuvo a punto de morir en la alcoba de mi buen amigo.

Polder es tan hospitalario que todavía hoy se cree ligado por una eterna deuda de gratitud con el que lo honró alojándose en su casa, y anualmente envía una caja de juguetes y otros obsequios a los hijos de Rickett.

El caso no es excepcional, y el hecho se repite en todas partes. Caballeros que no se muerden la lengua para decirnos que sois unos animales, y gentiles

damas que hacen trizas vuestra reputación y que no interpretan caritativamente las expansiones de vuestras esposas, son capaces de afanarse noche y días pases serviros si tenéis la dicha de caer postrados por una dolencia, o si la suerte os es contraria.

Además de su clientele, el doctor Heatherlegh atendía un hospital explotado por su propia cuenta. Un amigo suyo decía que el establecimiento era un establo para incurables, pero en realidad era un tinglado para reparar las maquinarias humanas descompuestas por los rigores del clima. La temperatura de la India es a veces sofocante, y como hay poca tela que cortar y la que hay debe servir para todo, o en otros términos, como hay que trabajar más de lo debido y sin que nadie lo agradezca, muchas veces la salud humana se ve más comprometida que el éxito de las metáforas de este párrafo.

No ha habido médico que pueda compararse con Heatherlegh, y su receta invariable a cuantos enfermos lo consultan es: "Acostarse, no fatigarse, ponerse al fresco". En su opinión, es tan grande el número de individuos muertos por exceso de trabajo, que la cifra no está justificada por la importancia de este mundo.



Sostiene que Pansay, muerto hace tres años en sus brazos, fue víctima de lo mucho que trabajó. En verdad, Heatherlegh tiene derecho para que consideremos sus palabras revestidas de autoridad. El se ríe de mi explicación y no cree, como yo, que Pansay tenía una hendidura en la cabeza, y que por esa hendidura se le metió una ráfaga del *Mundo de las Sombras*. "A Pansay —dice Heatherlegh— se le soltó la manija y el aparato dió más vueltas de las debidas, estimulado por el descanso de una prolongada licencia en Inglaterra. Se portaría o no se portaría como un canalla con la señora Keith Wessington. Para mi, la tarea del establecimiento de Katabundi lo sacó de quicio, y después se puso melancólico y dió excesiva importancia a un flirt vulgar. La señorita Mannering fue su prometida, y un día ella renunció a aquella alianza. Le vino a Pansay un resfrío con mucha fiebre, y de allí nació la insensata historieta de los aparecidos. El exceso de trabajo originó la enfermedad, la fomentó y al fin mató al pobre muchacho. Fué una victima del Sistema, ese maldito sistema de emplear a un hombre para que desempeñe el trabajo correspondiente a dos y medio."

Yo no creo en esta explicación de Heatherlegh. Muchas veces me quedé a solas con Pansay cuando el médico tenía que atender a otros enfermos, si por azar estaba cerca de la casa. Con voz grave y sin cadencia, el infeliz me atormentaba describiendo la procesión de hombres, mujeres, niños y demonios que pasaba constantemente por los pies de su cama. Impresionaba esa palabra doliente.

Cuando se restableció, le dije que debía escribir todo lo acontecido, desde el principio hasta el fin, y se lo dije por creer que su espíritu descansaría haciendo correr la tinta. Cuando los chicos aprenden una mala palabra, no paran hasta escribirla en una puerta. Y eso también es Literatura.

Pero al escribir estaba muy agitado, y la forma terrorífica que adoptó era poco propicia para la calma que necesitaba ante todo. Dos meses después fué dado de alta; pero, en vez de consagrarse en cuerpo y alma a auxiliar en sus tareas a una comisión sin personal ni fondos suficientes, Pansay optó por morir jurando que era víctima de terrores misteriosos. Antes de que él muriera recogí su manuscrito, en el que consta la versión que dejó de los hechos. Lleva fecha de 1885, y dice así:

I

Mi médico asegura que yo necesito únicamente descanso y cambio de aires. No es poco probable que muy pronto disfrute de ambas cosas. Tendré el descanso que no perturban mensajeros de casaca roja ni la salva de los cañones del mediodía. Y tendré también un cambio de aires para el que no será necesario que tome billete en un vapor destinado a Inglaterra.

Entretanto, aquí me quedaré, y contrariando las prescripciones facultativas, haré al mundo entero confidente de mi secreto. Sabréis por vosotros mismos la naturaleza precisa de mi enfermedad, y juzgaréis de acuerdo con vuestro propio criterio, si es posible concebir tormentos iguales a los que yo he sufrido en este triste mundo.

Hablando como podría hacerlo un criminal sentenciado, antes de que se corran los cerrojos de su prisión, pido que cuando menos concedáis atención a mi historia, por extravagante y horriblemente improbable que os parezca. No creo en absoluto que se le conceda fe alguna. Yo mismo, hace dos meses, habría declarado loco o perturbado por el alcohol a quién me hubiera contado cosas semejantes. Yo era hace dos meses el hombre mas feliz de la India. Hoy no podrá

encontrarse uno más infortunado, desde Peshawar hasta la costa.

Esto lo sabemos únicamente el médico y yo. Su explicación es que tengo afectadas las funciones cerebrales, las digestivas y hasta las de la visión, aunque muy ligeramente: tales son las causas de mis ilusiones. ¡Ilusiones en verdad! Yo le digo que es un necio lo que no impide que siga prestándome sus atenciones médicas con la misma sonrisa indulgente, con la misma suavidad profesional y con las mismas patillas azafranadas que peina tan cuidadosamente. En vista de su conducta y de la mía, he comenzado a sospechar que soy un ingrato y un enfermo malhumorado. Pero dejo más bien el juicio a vuestro criterio.

## II

Hace tres años tuve la fortuna —y la gran desgracia sin duda— de embarcarme en Gravesend para Bombay, después de una licencia muy larga que se me había concedido. Y digo que fue una gran desdicha mi fortuna, porque en el buque venia Inés Keith Wessington, esposa de un caballero que

prestaba sus servicios en Bombay. No tiene el menor interés para vosotros inquirir que clase de mujer era aquélla, y debéis contentaros con saber que antes de que llegáramos al lugar de nuestro destino, ya nos habíamos enamorado locamente el uno del otro. El cielo sabe bien que lo digo sin sombra de vanidad. En esta clase de relaciones, siempre hay uno que se sacrifica y otro que es el sacrificador. Desde el primer momento de nuestra malaventurada unión, yo tuve la conciencia de que Inés sentía una pasión mas fuerte, más dominadora —y si se me permite la expresion—, más dura que la mía. Yo no se si ella se daba cuenta del hecho, pero más tarde fue evidente para ambos.

Llegamos a Bombay en la primavera, y cada cual tomó su camino, sin que volviéramos a vernos hasta que al cabo de tres o cuatro meses nos reunieron en Simla una licencia que obtuve y el amor de ella para mi. En Simla pasamos la estación, y el humo de pajas que ardía en mi pecho acabó, sin dejar rescoldo, al fin del año. No intento excusarme, ni presento alegato en mi favor. La señora Wessington habia hecho por mi todos los sacrificios imaginables, y estaba dispuesta a seguir adelante. Supo en agosto de 1882, porque yo se lo dije, que su presencia me hacia

daño, que su compañía me fatigaba y que ya no podía tolerar ni el sonido de su voz. El noventa y nueve por ciento de las mujeres se hubiera cansado también de mí, y el setenta y cinco por ciento se habría vengado al instante, iniciando relaciones galantes con otro.

Pero aquella mujer no pertenecía a las setenta y cinco ni a las noventa y nueve: era la única del centenar. No producían el menor efecto en ella mi franca aversión ni la brutalidad con que yo engalanaba nuestras entrevistas.

—Jack, encanto mío.

Tal era el eterno reclamo de cuchillo con que me asesinaba.

—Hay entre nosotros un error, un horrible desconcierto que es necesario disipar para que vuelva a reinar la armonía. Perdóname, querido Jack, perdóname.

Yo era el de toda la culpa, y lo sabía, por lo que mi piedad se transformaba a veces en una resignación pasiva; pero en otras ocasiones despertaba en mí un odio ciego, el mismo instinto, a lo que creo, del que pone salvajemente la bota sobre la araña después de medio matarla de un papirotazo. La estación de 1882 acabó llevando yo este odio en mi pecho.

Al año siguiente volvimos a encontrarnos en Simla; ella con su expresión monótona y sus tímidas tentativas de reconciliación, y yo con una maldición en cada fibra de mí ser. Muchas veces no tenía valor para quedarme a solas con ella, pero cuando esto acontecía, sus palabras eran una repetición idéntica de las anteriores. Volvía a sus labios el eterno lamento del error; volvía la esperanza de que renaciera la armonía; volvía a impetrar mi perdón. Si yo hubiera tenido ojos para verla, habría notado que solo vivía alimentada por aquella esperanza. Cada vez aumentaban su palidez y su demacración. Convendréis conmigo en que la situación hubiera exasperado a cualquiera. Lo que ella hacía era antinatural, pueril, indigno de una mujer. Creo que su conducta merecía censura. A veces, en mis negras vigiliantas de febricitante, ha venido a mi mente la idea de que pude haber sido más afectuoso. Pero esto sí que es ilusión. ¿Cómo era posible en lo humano que yo fingiese un amor no sentido? Eso habría sido una deslealtad para ella y aun para mí mismo.

III

Hace un año volvimos a vernos. Todo era exactamente lo mismo que antes. Se repitieron sus imploraciones, cortadas siempre por las frases bruscas que salían de mis labios. Pude al cabo persuadirla de que eran insensatas sus tentativas de renovar nuestras antiguas relaciones.

Nos separamos antes de que terminara la estación, es decir, hubo dificultades para que nos viéramos, pues yo tenía otros intereses más absorbentes.

Cuando en mi alcoba de enfermo evoco los recuerdos de la estación de 1884, viene a mi espíritu una confusa pesadilla en la que se mezclan fantásticamente la luz y la sombra. Pienso en mis pretensiones a la mano de la dulce Kitty Mannering; pienso en mis esperanzas, dudas y temores; pienso en nuestros paseos por el campo, en mi declaración de amor, en su respuesta... De vez en cuando me visita la imagen del pálido rostro que pasaba fugitivo en la litera cuyas libreas negras y blancas aguardaba yo con angustia. Y estos recuerdos vienen acompañados del de las despedidas de la señora Wessington, cuando su mano enguantada hacía el signo de adiós. Tengo presentes



nuestras entrevistas, que ya eran muy raras, y su eterno lamento.

Yo amaba a Kitty Mannering; la amaba honradamente, con todo mi corazón, y a medida que aumentaba este amor, aumentaba mi odio a Inés.

Llegó el mes de agosto, Kitty era mi prometida. Al día siguiente me topé, en las afueras de Jakko con esos malditos *jampanies*<sup>6</sup> "picazos" y, movido por un pasajero sentimiento de piedad, me detuve para decirselo todo a la señora Wessington. Ya ella lo sabía.

—Me cuentan que vas a casarte, querido Jack. Y sin transición, añadió estas palabras:

—Creo que todo es un error, un error lamentable. Algún día reinará la concordia entre nosotros, como antaño.

Mi respuesta fué tal, que un hombre difícilmente la habria recibido sin parpadear. Fué un latigazo para la moribunda.

---

<sup>6</sup> Criados que llevan el jampan, palanquín o litera de manos

—Perdórame, Jack. No me proponía encolerizarte. ¡Pero es verdad, es verdad !

Se dejó dominar por el abatimiento. Le di la espalda, y la dejé para que terminara tranquilamente su paseo, sintiendo en el fondo de mi corazón, aunque solo por un instante, que mi conducta era la de un miserable. Volví la cara y vi que su litera había cambiado de dirección, sin duda para alcanzarme.

La escena quedó fotografiada en mi memoria con todos sus pormenores y los del sitio en que se desarrolló. Estábamos al final de la estación de lluvias, y el cielo, cuyo azul parecía más limpio después de la tempestad, los tostados y oscuros pinos, el camino fangoso, los negros y agrietados cantiles, formaban un fondo siniestro en el que se destacaban las libreas negras y blancas de los *panies* y la amarilla litera, sobre la cual veía yo distintamente la rubia cabeza de la señora Wessington, que se inclinaba tristemente.

Llevaba el pañuelo en la mano izquierda y recostaba su cabeza fatigada en los cojines de la litera. Yo lancé mi caballo al galope por un sendero que está cerca del estanque de Sanjowlie, y emprendí la fuga. Creí oír una débil voz que, me llamaba:

—¡Jack!

Ha de haber sido efecto de la imaginación, y no me detuve para inquirir. Diez minutos después encontré a Kitty, que también montaba a caballo, y la delicia de nuestra larga cabalgata borró de mi memoria todo vestigio de la entrevista con Inés.

A la semana siguiente moría la señora Westington, y mi vida quedó libre de la inexpresable carga que su existencia significaba para mi. Cuando volví a la llanura me senti completamente feliz, y antes de que transcurrieran tres meses ya no me quedaba un solo recuerdo de la que habia desaparecido, salvo tal o cual carta suya que inesperadamente hallaba en algún mueble, y que me traía una evocación pasajera y penosa de nuestras pasadas relaciones.

En el mes de enero procedí a un escrutinio de toda nuestra correspondencia, dispersa en mis gavetas, y quemé cuanto papel quedaba de ella.

En abril de este año, que es el de 1885, me hallaba una vez mas en Simla, en la semidesierta Simla, completamente entregado a mis pláticas amorosas y a mis paseos con Kitty. Habíamos resuelto casarnos en los últimos días de junio. Os haréis cargo de que, amando a Kitty como yo la amaba, no es

mucho decir que me consideraba entonces el hombre mas feliz de la India.

Transcurrieron quince días, y estos quince días pasaron con tanta rapidez, que no me di cuenta de que el tiempo volaba sino cuando ya había quedado atrás. Despertando entonces el sentido de las conveniencias entre mortales colocados en nuestras circunstancias, le indiqué a Kitty que un anillo era el signo exterior y visible de la dignidad que le correspondía en su carácter de prometida, y que debía ir a la joyería de Hamilton para que tomasen las medidas y comprásemos una sortija de alianza.

Juro por mi honor que pasta aquel momento habíamos olvidado en absoluto un asunto tan trivial. Fuimos ella y yo a la joyería de Hamilton el 15 de abril de 1885. Recordad y tened en cuenta diga lo que diga en sentido contrario mi médico que mí salud era perfecta, que nada perturbaba el equilibrio de mis facultades mentales y que mi espíritu estaba absolutamente tranquilo.

Entré con Kitty en la joyería de Hamilton, y sin el menor miramiento a la seriedad de los negocios, yo mismo tome las medidas de la sortija, lo que fué una gran diversión para el dependiente.

La joya era un zafiro con dos diamantes. Después de que Kitty se puso el anillo, bajamos los dos a caballo por la cuesta que lleva al puente de Combermere y al café de Peliti.

Mi caballo buscaba cuidadosamente paso seguro por las guijas del arroyo, y Kitty reía y charlaba a mi lado, en tanto que toda Simla, es decir, todos los que habían llegado de las llanuras, se congregaban en la sala de lectura y en la terraza de Peliti; pero en medio de la soledad de la calle oía yo que alguien me llamaba por mi nombre de pila, desde una distancia muy larga. Yo había oído aquella voz, aunque no podía determinar dónde ni cuándo.

El corto espacio de tiempo necesario para recorrer el camino que hay entre la joyería de Hamilton y el primer tramo del puente de Combermere, había sido suficiente para que yo atribuyese a más de media docena de personas la ocurrencia de llamarme de ese modo, y hasta pensé por un momento que me zumbaban los oídos y nada más. Inmediatamente después de que hubimos pasado frente a la casa de Peliti, mis ojos fueron atraídos por la vista de cuatro *jampanies* con su librea picaza que conducían una litera amarilla de las más ordinarias. Mi espíritu voló en el instante

hacia la señora Wessington, y tuve un sentimiento de irritación y disgusto. Si ya aquella mujer había muerto, y su presencia en este mundo no tenía objeto, que hacían allí aquellos cuatro *jampanies*, con su librea blanca y negra, sino perturbar uno de los días mas felices de mi vida?

Yo no sabía quién podía emplear a aquellos *jampanies*, pero me informaría y le pediría al amo, como un favor especialísimo, que cambiase la odiosa librea. Yo mismo tomara para mi servicio a los cuatro portaliteras, y si era necesario, compraria su ropa a fin de que se vistieran de otro color. Es imposible describir el torrente de recuerdos ingratos que su presencia evocaba.

—Kitty —exclamé—, mira los cuatro *jampanies* de la señora Wessington. ¿Quién los tendrá a su servicio?

Kitty habia conocido muy superficialmente a la señora Wessington en la pasada estación, y se interesó por la pobre Inés viéndola enferma.

—¿Cómo? ¿En dónde? —preguntó—. Yo no los veo.

Y mientras ella decía estas palabras, su caballo, que se apartaba de una mula con cargo, avanzó

directamente hacia la litera que venia en sentido contrario. Apenas tuve tiempo de decir una palabra de aviso, cuando para horror mío, que no hallo palabras con que expresar, caballo y amazona pasaron a través de los hombres y del carricoche, como si aquéllos y éste hubieran sido de aire vano.

—¿Qué es eso? —exclamó Kitty—; por que has dado ese grito de espanto? No quiero que la gente sepa de este modo nuestra próxima boda. Había mucho espacio entre la mula y la terraza del café, y si crees que no se cabalgar... ivamos!

Y la voluntariosa Kitty echo a galopar furiosamente, a toda rienda, hacia el quiosco de la música, creyendo que yo la seguía, como después me lo dijo. ¿Qué había pasado?

Nada en realidad. O yo no estaba en mis cabales, o había en Simla una legión infernal.

Refrené mi jaco, que estaba impaciente por correr, y volví grupas. La litera había cambiado de dirección, y se hallaba frente a mí, cerca del barandal izquierdo del puente de Combermere.

¡Jack! ¡Jack! ¡Querido Jack!

Era imposible confundir las palabras. Demasiado las conocia, por ser las mismas de siempre.

Repercutian dentro de mi cráneo como si una voz las hubiese pronunciado a mi oído.

—Creo que todo es ún error. Un error lamentable. Algún día reinará la concordia entre nosotros como antaño. Perdóname, Jack.

La caperuza de la litera habia caído, y en el asiento estaba Ines Keith Wessington con el pañuelo en la mano. La rubia cabeza, de un, tono dorado, se inclinaba sobre el pecho. ¡Lo juro por la muerte que invoco, que espero durante el día y que es mi terror en las horas de insomnio!

#### IV

No se cuánto tiempo permanecí contemplando aquella imagen. Cuando me di cuenta de mis actos, mi asistente tomaba por la brida al jaco galés, y me preguntaba si estaba enfermo y que sentía. Pero la distancia entre lo horrible y lo vulgar es muy pequeña. Descendí del caballo y me dirigí al café de Peliti, en donde pedí un cordial con una buena cantidad de aguardiente. Habia dos o tres parejas en torno de las mesas del café, y se comentaba la crónica local. Las trivialidades que se decian aquellas gentes fueron para



mí mas consoladoras en aquel momento que la mas piadosa de las meditaciones. Me entregué a la conversación, riendo y diciendo despropósitos, con una cara de difunto

cuya lividez note al vérmela casualmente en un espejo. Tres o cuatro personas advirtieron que yo me hallaba en una condición extraña, y atribuyéndola sin duda a una alcoholización inmoderada, procuraron caritativamente apartarme del centro de la tertulia, pero yo me resistia a partir.

Necesitaba a toda costa la presencia de mis semejantes, como el niño que interrumpe una comida ceremoniosa de sus mayores cuando lo acomete el terror en un cuarto oscuro. Creo que estaria hablando diez minutos aproximadamente, minutos que me parecieron una eternidad, cuando de pronto oí la voz clara de Kitty que preguntaba por mi desde afuera. Al saber que yo estaba allí, entró con la manifiesta intención de devolverme la sortija, por la indisculpable falta que acababa de cometer; pero mi aspecto la impresionó profundamente.

—Por Dios, Jack, que has hecho? ¿Qué ha ocurrido? ¿Estás enfermo?

Obligado a mentir, dije que el sol me había causado un efecto desastroso. Eras las cinco de la tarde de un día nublado de abril, y el sol no había aparecido un solo instante. No bien acabé de pronunciar aquellas torpes palabras, comprendí la falta, y quise recogerlas, pero caí de error en error, hasta que Kitty salió, llena de cólera, y yo tras ella, en medio de las sonrisas de todos los conocidos. Inventé una excusa, que ya no recuerdo, y al trote largo de mi galés me dirigí sin pérdida de momento hacia el hotel, en tanto que Kitty acababa sola su paseo.

Cuando llegué a mi cuarto, me di a considerar el caso con la mayor calma de que fui capaz. Y he aquí el resultado de mis meditaciones más razonadas. Yo, Teobaldo Juan Pansay, funcionario de buenos antecedentes académicos, perteneciente al Servicio Civil de Bengala, encontrándome en el año de gracia de 1885, aparentemente en el use de mi razón, y en verdad con salud perfecta, era víctima de terrores que me apartaban del lado de mi prometida, como consecuencia de la aparición de una mujer muerta y sepultada ocho meses antes. Los hechos referidos eran indiscutibles.

Nada estaba mas lejos de mi pensamiento que el recuerdo de la señora Keith Wessington cuando Kitty y yo salimos de la joyería de Hamilton, y nada mas vulgar que el paredón de la terraza de Peliti. Brillaba la luz del día, el camino estaba animado por la presencia de los transeúntes, y de pronto he aquí que contra toda la ley de probabilidad, y con directa violación de las disposiciones legales de la Naturaleza, salia de la tumba el rostro de una difunta y se me ponía delante.

El caballo árabe de Kitty pasó a través del carricoche, y de este modo desapareció mi primera esperanza de que una mujer maravillosamente parecida a la señora Keith Wessington hubiese alquilado la litera con los mismos cuatro coolies. Una y otra vez di vuelta a esta rueda de mis pensamientos, y una y otra vez, viendo burlada mi esperanza de hallar alguna explicación, me sentí agobiado por la impotencia. La voz era fan inexplicable como la aparición. Al principio habia tenido la idea de confiar mis zozobras a Kitty, y de rogarle que nos casáramos al instante para desafiar en sus brazos a la mujer fantástica de la litera.

"Después de todo —decía yo en mi argumentación interna— la presencia de la litera es por si misma

suficiente para demostrar la existencia de una ilusión espectral. Habrá fantasmas de hombres y de mujeres, pero no de calesines y *coolies*. ¡Imaginad el espectro de un nativo de las colinas! Todo esto es absurdo."

A la mañana siguiente envié una carta penitencial a Kitty, implorando de ella que olvidase la extraña conducta observada por mi en la tarde del día anterior. La deidad estaba todavía llena de indignación, y fué necesario *ir* personalmente a pedir perdón ante el ara. Con la abundante verba de una noche dedicada a inventar la más satisfactoria de las falsedades, dije que me había atacado súbitamente una palpitación cardíaca, a causa de una indigestión.

Este recurso, eminentemente práctico, produjo el efecto esperado, y por la tarde Kitty y yo volvimos a nuestra cabalgata, con la sombra de mi primera mentira entre su caballo árabe y mi jaco galés.

## V

Nada le gustaba tanto a Kitty como dar una vuelta alrededor de Jakko. El insomnio había debilitado mis nervios hasta el punto de que apenas me fué dable oponer una resistencia muy débil a su insinua-

ción, y sin gran insistencia propuse que nos dirigiéramos a la Colina del Observatorio, a Jutogh, al Camino de Boileau, a cualquier parte, en suma, que no fuera la ronda de Jakko. Kitty no solo estaba indignada, sino ofendida; así, cedí temiendo provocar otra mala inteligencia, y nos encaminamos hacia Chota Simla.

Avanzamos al paso corto de nuestros caballos durante la primera parte del paseo, y siguiendo nuestra costumbre, a una milla o dos más abajo del Convento, los hicimos andar a un trote largo, dirigiéndonos hacia el tramo a nivel que está cerca del estanque de Sanjowlie.

Los malditos caballos parecían volar, y mi corazón latía precipitadamente cuando coronamos la cuesta. Durante toda la tarde no había dejado de pensar en la señora Wessington, y en cada metro de terreno veía levantarse un recuerdo de nuestros paseos y de nuestras confidencias. Cada piedra tenía grabada alguna de las viejas memorias; las cantaban los pinos sobre nuestras cabezas; los torrentes, henchidos por las lluvias, parecían repetir burlescamente la historia bochornosa; el viento que silbaba en mis oídos, iba publicando con voz robusta el secreto de la iniquidad.

Como un final arreglado artísticamente, a la mitad del camino a nivel, en el tramo que se llama *La Mill, de las Damas*, el horror me aguardaba. No se veía otra litera sino la de los cuatro *jampnies* blanco y negro —la litera amarilla—, y en su interior la rubia cabeza, la cabeza color de oro, exactamente en la actitud que tenía cuando la dejé allí ocho meses y medio antes.

Durante un segundo, creí que Kitty veía lo que yo estaba viendo, pues la simpatía que nos unió era maravillosa. Pero justamente en aquel momento pronunció algunas palabras que me sacaron de mi ilusión.

—No se ve alma viviente. Ven, Jack, te desafío a una carrera hasta los edificios del Estanque. Su finísimo árabe partió como un pájaro seguido de mi galés, y pasamos a la carrera bajo los acantilados. En medio minuto llegamos a cincuenta metros de la litera. Yo tiré de la rienda a mi galés y me retrasé un poco. La litera estaba justamente en medio del camino, y una vez más el árabe pasó a través, seguido de mi propio caballo.

—Jack, querido Jack. ¡Perdóname, Jack!

Esto decía la voz que hablaba a mi oído. Y siguió su lamento:

—Todo es un error; un error deplorable. Como un loco, clavé los acicates a mi caballo, y cuando llegué a los edificios del Estanque volví la cara: el grupo de los cuatro jampanies, con sus libreas de blanco y negro, aguardaba pacientemente debajo de la cuesta gris de la colina... El viento me trajo un eco burlesco de las palabras que acababan de sonar en mis oídos. Kitty no cesó de extrañar el silencio en que caí desde aquel momento, pues hasta entonces había estado muy locuaz y comunicativo.

Ni aún para salvar la vida habría podido entonces decir dos palabras en su lugar, y desde Sanjowlie hasta la iglesia me abstuve prudentemente de pronunciar una sílaba.

## VI

Estaba invitado a cenar esa noche en la casa de los Mannering, y apenas tuve tiempo de ir al hotel para vestirme. En el camino de la colina del Elíseo, sorprendí la conversación de dos hombres que hablaban en la oscuridad.

—Es curioso —dijo uno de ellos—, cómo desapareció completamente toda huella. Usted sabe que mi

mujer era una amiga apasionada de aquella señora — en la que por otra parte no vi nada excepcional—, y así fué que mi esposa se empeñó en que yo me quedara con la litera y los *coolies*, ya fuera por dinero, ya por halagos.

A mí me pareció un capricho de espíritu enfermo, pero mi lema es hacer todo lo que manda la *Memsahib*. ¿Creerá usted que el dueño de la litera me dijo que los cuatro *jampanies* eran cuatro hermanos que murieron del cólera yendo a Hardwar — ipobres diablos!—, y que el dueño hizo pedazos la litera con sus propias manos, Dues dice que por nada del mundo usaría la litera de una *Memsahib* que haya pasado a mejor vida? Eso es de oral agiüero. ¡Vaya una idea! ¿Concibe usted que la pobre señora Wessington pudiera ser ave de mal agiüero para alguien, excepto para sí misma?

Yo lancé una carcajada al oír esto, y mi manifestación de extemporáneo regocijo vibró en mis propios oídos como una impertinencia. Pero en todo caso, era verdad que había literas fantásticas y empleos para los espíritus del otro mundo. ¿Cuánto pagaría la señora Wessington a sus *jampanies* para que vinieran a aparecérseme? ¿Qué arreglo de horas



de servicio habrían hecho esas sombras del más allá? ¿Y que sitio habrían escogido para comenzar y dejar la faena diaria?

No tardé en recibir una respuesta a la última pregunta de mi monólogo. Entre la sombra crepuscular vi que la litera me cerraba el paso. Los muertos caminan muy de prisa y tienen senderos que no conocen los *coolies* ordinarios. Volví a lanzar otra carcajada, que contuve súbitamente, impresionado por el temor de haber perdido el juicio.

Y he de haber estado loco, por to manos hasta cierto punto, pues refrené el caballo al encontrarme cerca de la litera, y con toda atención di las buenas noches a la senora Wessington. Ella pronunció entonces las palabras que tan conocidas me son.

Escuché su lamento hasta el final, y cuando hubo terminado le dije que ya había oído aquello muchas veces, y que me encantaría saber de ella algo más, si tenía que decírmelo. Yo creo que algún espíritu maligno, dominándome tiránicamente, se había apoderado de las potencias de mi alma, pues tengo un vago recuerdo de haber hecho una crónica minuciosa de los vulgares acontecimientos del día durante mi entrevista con la dama de la litera, que no duró menos de cinco minutos.

—Está más loco que una cabra, o se bebió todo el aguardiente que había en Simla. ¿Oyes? A ver si to llevamos a su casa.

La voz que pronunciaba estas palabras no era la de la señora Wessington. Dos transeúntes me habían oído hablar con Jas musarañas, y se detuvieron para prestarme auxilio. Eran dos personas afables y solícitas, y, por lo que decían, vine en conocimiento de que yo estaba perdidamente borracho. Les di las gracias en términos incoherentes, y seguí mi camino hacia el hotel.

Me vestí sin pérdida de momento, pero llegué con diez minutos de retardo a la casa de los Manne-ring. Me excusé, alegando la oscuridad nocturna; recibí una amorosa reprensión de Kitty por mi falta de formalidad con la que me estaba destinada para esposa, y tome asiento.

La conversación era ya general, y, a favor del barullo, decía yo algunas palabras de ternura a mi novia, cuando advertí que en el extremo de la mesa un sujeto de estatura pequeña y de patillas azafranadas describía minuciosamente el encuentro que acababa de tener con un loco. Algunas de sus palabras, muy pocas por cierto, bastaron para

persuadirme de que aquel individuo refería lo que me había pasado media hora antes.

Bien se veía que el caballero de las patillas era uno de esos especialistas en anécdotas de sobremesa o de café, y que cuánto decía llevaba el fin de despertar el interés de sus oyentes y provocar el aplauso; miraba, pues, en torno suyo para recibir el tributo de la admiración a que se juzgaba acreedor, cuando sus ojos se encontraron de pronto con los míos. Verme y callar con un extraño azoramiento, fué todo uno. Los comensales se sorprendieron del súbito silencio en que cayó el narrador, y éste, sacrificando una reputación de hombre ingenioso, laboriosamente formada durante seis estaciones consecutivas, dijo que había olvidado el fin del lance, sin que fuese posible sacar una palabra más. Yo lo bendecía desde el fondo de mi corazón, y di fin al salmonete que se me había servido.

La comida terminó y yo me separé de Kitty con la más profunda pena, pues sabía que el ser fantástico me esperaba en la puerta de los Mannering. Estaba tan seguro de ello como de mi propia existencia.

El sujeto de las patillas, que había sido presentado á mí como el doctor Heatherlegh, de Simla, me

ofreció su compañía durante el trecho en que nuestros dos caminos coincidían. Yo acepté con sincera gratitud.

El instinto no me había engañado. Lá litera estaba en el Afallo, con farol encendido y en la diabólica disposición de tomar cualquier camino que yo emprendiera con mi acompañante. El caballero de las patillas inició la conversación en tales términos que se veía claramente cuanto le había preocupado el asunto durante la cena.

—Diga usted, Pansay que demonios le aconteció a usted hoy en el camino del Eliseo?

Lo inesperado de la pregunta me sacó una respuesta en la que no hubo deliberación por mi parte. —¡Eso! —dije—, y señalaba con el dedo hacia el punto en que estaba la litera.

—Eso puede ser delirium tremens o alucinación. Vamos al asunto. Usted no ha bebido: No se trata, pues, de un acceso alcohólico. Usted señala hacia un punto en dónde no se ve cosa alguna, y, sin embargo, veo que suda y tiembla como un potro asustado. Hay algo de lo otro, y yo necesito enterarme. Véngase usted a mi casa. Está en el camino de Blessington.

Para consuelo mío, en vez de aguardarnos, la litera avanzó a 20 metros, y no la alcanzábamos ni al paso, ni al trote, ni al galope. En el curso de aquella larguísima cabalgata, yo referí al doctor casi todo lo que os tengo dicho.

—Por usted se me ha echado a perder una de mis mejores anécdotas —dijo él, pero yo se lo perdono en vista de cuanto usted ha sufrido. Vayamos a casa, y sométase usted a mis indicaciones. Y cuando vuelva a la salud perfecta de antes, acuérdesse, joven amigo mío, de lo que hoy le digo: hay que evitar siempre mujeres y alimentos de difícil digestión. Observe usted esta regla hasta el día de su muerte.

La litera estaba enfrente de nosotros, y las dos patillas azafranadas se reían, celebrando la exacta descripción que yo hacía del sitio en donde se había detenido el calesín fantástico.

—Pansay, Pansay, recuérdelo usted: todo es ojos, cerebro y estómago. Pero el gran regulador es el estómago. Usted tiene un cerebro muy lleno de pretensiones a la dominación, un estómago diminuto y dos ojos que no funcionan bien. Pongamos en orden el estómago, y lo demás vendrá por añadidura. Hay unas pildoras que obran maravillas.

Desde este momento yo voy a encargarme de usted con exclusión de cualquier otro colega. Usted es un caso clínico demasiado interesante. Para que yo pase de largo sin someterlo a un estudio minucioso.

Nos cubrían las sombras del camino de Blessington en su parte más baja, y la litera llegó a un recodo estrecho, dominado por un peñasco cubierto de pinos. Yo instintivamente me detuve y di la razón que tenía para ello. Heatherlegh me interrumpió lanzando un juramento:

—¡Con mil legiones del infierno! ¿Cree usted que voy a quedarme aquí toda la noche, y enfriarme los huesos, solo porque un caballero que me acompaña es víctima de una alucinación en que colaboran el estómago, el cerebro y los ojos? No; mil gracias. Pero, ¿qué es eso?

Eso era un sonido sordo, una nube de polvo que nos cegaba, un chasquido después, la crepitación de las ramas al desgajarse y una masa de pinos desarraigados que caían del peñasco sobre el camino y nos cerraban el Paso. Otros árboles fueron también arrancados de raíz; los vimos tambalearse entre las sombras, como gigantes ebrios, hasta caer en el sitio donde vacían los anteriores, con un estrépito semejante

al del trueno. Los caballos estaban sudorosos y paralizados por el miedo. Cuando cesó el derrumbamiento de la enhiesta colina, mi compañero dijo:

—Sí no nos hubiéramos detenido, en este instante nos cubriría una capa de tierra y piedras de tres metros de espesor. Habríamos sido muertos y sepultados a la vez. Hay *en los cielos y en la tierra otros prodigios*, como dice Hamlet. A casa, Pansay, y demos gracias a Dios. Yo necesito un cordial.

Volvimos grupas y tomando por el puente de la iglesia, me encontré en la casa del doctor Heatherlegh, poco despues de las doce de la noche.

Sin pérdida de momento, el doctor comenzó a prodigarme sus cuidados, y no se apartó de mí durante una semana. Mientras estuve en su casa, tuve ocasión de bendecir mil veces la buena fortuna que me había puesto en contacto con el mas sabio y amable de los médicos de Simla. Día por día iban en aumento la lucidez y la ponderación de mi espíritu. Día por día también me sentia yo mas inclinado a aceptar la teoria de la ilusión *espectral* producida por obra de los ojos, del cerebro y del estómago.

Escribi a Kitty diciéndole que una ligera torcedura, producida por haber caído del caballo, me

obligaba a no salir de casa durante algunos días, pero que mi salud estaría completamente restaurada antes de que ella tuviese tiempo de extrañar mi ausencia.

El tratamiento de Heatherlegh era sencillo hasta cierto punto. Consistía en píldoras para el hígado, baños fríos y mucho ejercicio de noche o en la madrugada, porque, como él decía muy sabiamente, un hombre que tiene luxado un tobillo, no puede caminar doce millas diarias, y menos aún exponerse a que la novia lo vea o crea verlo en el paseo, juzgándolo postrado en cama.

Al terminar la semana, después de un examen atento de la pupila y del pulso, y de indicaciones muy severas sobre la alimentación y el ejercicio a pié, Heatherlegh me despidió tan bruscamente como me había tomado a su cargo. He aquí la bendición que me dió cuando parti:

—Garantizo la curación del espíritu, lo que quiere decir que he curado los males del cuerpo. Recoja usted sus bártulos al instante y dedique todos sus afanes a la señorita Kitty.

Yo quería darle las gracias por su bondad, pero él me interrumpió.



—No tiene usted nada que agradecer. No hice esto por afecto a su persona. Creo que su conducta ha sido infame, pero esto no quita que sea usted un fenómeno, un fenómeno curioso en el mismo grado que es indigna su conducta de hombre.

Y deteniendo un movimiento mío, agregó:

—No; ni una rupia. Salga usted, y vea si puede encontrar su fantasma, obra de los ojos, del cerebro y del estómago. Le dare a usted un *lakh*<sup>7</sup> si esa litera vuelve a presentársele.

Media hora después me hallaba yo en el salón de los Mannering, al lado de Kitty, ebrio con el licor de la dicha presente y por la seguridad de que la sombra fatal no volvería a turbar la calma de mi vida. La fuerza de mi nueva situación me dió ánimo para proponer una cabalgata, y para *ir* de preferencia a la ronda de Jakko.

Nunca me había sentido tan bien dispuesto, tan rebotante de vitalidad, tan pletórico de fuerzas, como en aquella tarde del 30 de abril. Kitty estaba encantada de ver mi aspecto, y me expresó su satisfacción con aquella deliciosa franqueza y aquella espontaneidad

---

<sup>7</sup> Lakh, 100.000 rupias ó 6.600 libras esterlinas

de palabra que da tanta seducción. Salimos juntos de la casa de los Mannering hablando y riendo, y nos dirigimos como antes por el camino de Chota.

Yo estaba ansioso de llegar al estanque de Sanjowlie para que mi seguridad se confirmase en una prueba decisiva. Los caballos trotaban admirablemente, pero yo sentía tal impaciencia, que el camino me pareció interminable. Kitty se mostraba sorprendida de mis impetus.

—Jack —dijo al cabo—, pareces un niño. ¿Qué es eso?

Pasábamos por el convento, y yo había dar corvetas a mi galés, pasándole por encima la presilla del látigo para excitarlo con el cosquilleo.

¿Preguntas que hago? Nada. Esto y nada más. Si supieras lo que es pasar una semana inmóvil, me comprenderías y me imitarías.

Recité una estrofa que celebra la dicha de vivir, que canta el júbilo de nuestra comunión con la naturaleza y que invoca a Dios, Señor de cuanto existe y de los cinco sentidos del hombre.

Apenas había yo terminado la cita poética, después de trasponer con Kitty el recodo que hay en el ángulo superior del convento, y ya no nos faltaban

sino algunos metros para ver el espacio que se abre hasta Sanjowlie, cuando en el centro del camino a nivel aparecieron las cuatro libreas blanco y negro, el calesín amarillo y la señora Keith Wessington. Yo me erguí, miré, me froté los ojos, y creo que dije algo .

Lo único que recuerdo es que al volver en mi, estaba caído boca abajo en el centro de la carretera, y que Kitty, de rodillas, se hallaba hecha un mar de lágrimas.

¿Se ha ido ya? —pregunté anhelosamente. Kitty se puso a llorar con mas amargura.

—¿Se ha ido? No sé lo que dices. Debe ser un error, un error lamentable.

Al oír estas palabras, me puse en pie loco, rabioso.

—Si, hay un error, un error lamentable —repetía yo—. ¡Mira, mira hacia allá!

Tengo el recuerdo indistinto de que cogí a Kitty por la muñeca, y de que me la llevé al lugar en donde estaba aquello. Y allí imploré a Kitty para que hablase con la sombra, para que le dijese que ella era mi prometida, y que ni la muerte ni las potencias infernales podrian romper el lazo que nos unía. Sólo Kitty sabe cuántas cosas mas dije entonces. Una y otra, y

mil veces dirigí apasionadas imprecaciones a la sombra que se mantenía inmóvil en la litera, rogándole que me dejase libre de aquellas torturas mortales. Supe que en mi exaltación revelé a Kitty los amores que había tenido con la señora Wessington, pues me escuchaba con los ojos dilatados y la faz intensamente pálida.

—Gracias, señor Pansay; ya es bastante.

Y agregó dirigiéndose a su palafrenero:

—Syce, ghora lao.

Los dos *syces*<sup>8</sup>, impávidos como buenos orientales, se habían aproximado con los dos caballos que se escaparon en el momento de mi caída. Kitty montó y yo asiendo por la brida el caballo árabe, imploraba indulgencia y perdón.

La única respuesta fué un latigazo que me cruzó la cara desde la boca hasta la frente, y una o dos palabras de adíos que no me atrevo a escribir. Juzgué por lo mismo, y estaba en lo justo, que Kitty se había enterado de todo. Volví vacilando hacia la litera. Tenía el rostro ensangrentado y lívido, desfigurado por el latigazo. Moralmente era yo un despojo humano.

---

<sup>8</sup> Palafreneros

## VII

Heatherlegh, que probablemente nos seguía, se dirigió hacia donde yo estaba.

—Doctor —dije, mostrándole mi rostro—, he aquí la firma con que la señorita Mannering ha autorizado mi destitución. Puede usted pagarme el *lakh* de la apuesta cuando lo crea conveniente, pues la ha perdido.

A pesar de la tristísima condición en que yo me encontraba, el gesto que hizo Heatherlegh podía mover a risa.

—Comprometo mi reputación profesional... — fueron sus primeras palabras.

Y las interrumpi diciendo a mi vez:

—Ésas son necedades. Ha desaparecido la felicidad de mi vida. Lo mejor que usted puede hacer es llevarme consigo.

El calesín había huido. Pero antes de eso, yo perdí el conocimiento de la vida exterior. El crestón de Jakko se movía como una nube tempestuosa que avanzaba hacia mí.

Una semana más tarde, esto es, el 7 de mayo, supe que me hallaba en la casa de Heatherlegh tan

débil como un niño de tierna edad. Heatherlegh me miraba fijamente desde su escritorio. Las primeras palabras que pronunció no me llevaron un gran consuelo, pero mi agotamiento era tal, que apenas si me sentí conmovido por ellas.

—La señorita Kitty ha enviado las cartas de usted. La correspondencia, a lo que veo, fué muy activa. Hay también un paquete que parece contener una sortija. También venía una cartita muy afectuosa de papá Mannering, que me tome la libertad de leer y quemar. Ese caballero no se muestra muy satisfecho de la conducta de usted. ¿Y Kitty? —pregunté neciamente.

—Juzgo que está todavía más indignada que su padre, según los términos en que se expresa.

Ellos me hacen saber igualmente que antes de mi llegada al sitio de los acontecimientos usted refirió un buen número de reminiscencias muy curiosas. La señorita Kitty manifiesta que un hombre capaz de haber lo que usted hizo con la señora Wessington, debería levantarse la tapa de los sesos para librar a la especie humana de tener un semejante que la deshonra. Me parece que la damisela es persona más para pantalones que para faldas.

Dice también que usted ha de haber llevado almacenada en la caja del cuerpo una cantidad muy considerable de alcohol cuando el pavimento de la carretera de Jakko se elevó hasta tocar la cara de usted. Por último, jura que antes morirá que volver a cruzar con usted una sola palabra.

Yo di un suspiro, y volví la cara al rincón.

—Ahora elija usted, querido amigo. Las relaciones con la señorita Kitty quedan rotas, y la familia Mannering no quiere causarle a usted un daño de trascendencia. ¿Se declara terminado el noviazgo a causa de un ataque de delirium tremens, o por ataques de epilepsia?

Siento no poder darle a usted otra causa menos desagradable, a no ser que echemos mano al recurso de una locura hereditaria. Diga usted lo que le parezca, y yo me encargo de lo demás. Toda Simla está enterada de la escena ocurrida en la *Milla de las lamas*. Tiene usted cinco minutos para pensarlo.

Creo que durante esos cinco minutos exploré lo más profundo de los círculos infernales, por lo menos lo que es dado al hombre conocer de ellos mientras lo cubre una vestidura carnal. Y me era dado, a la vez, contemplar mi azarosa peregrinación por los tene-

brosos laberintos de la duda, del desaliento y de la desesperación.

Heatherlegh desde su silla ha de haberme acompañado en aquella vacilación. Sin darme cuenta exacta de ello, me sorprendí a mi mismo diciendo en voz que con ser mía reconocí difícilmente:

—Me parece que esas personas se muestran muy exigentes en materia de moralidad. Déles usted a todas ellas expresiones afectuosas de mi parte. Y ahora quiero dormir un poco más.

Los dos sujetos que hay en mi se pusieron de acuerdo para reunirse y conferenciaron, pero el que es medio loco y medio endemoniado, siguió agitándose en el lecho y trazando paso a paso el viacrucis del último mes.

"Estoy en Simla —me repetía a mí mismo—; yo, Jack Pansay, estoy en Simla, y aquí no hay duendes. Es una insensatez de esa mujer decir que los hay. ¿Por que Inés no me dejó en paz? Yo no le hice daño alguno. Pude haber sido yo la víctima, como lo fué ella. Yo no la maté de propósito. ¿Por qué no me deja solo... solo y feliz:?"



Serían las doce del día cuando desperté, y el sol estaba ya muy cerca del horizonte cuando me dormí. Mi sueño era el del criminal que se duerme en el potro del tormento, más por fatiga que por alivio.

Al día siguiente no pude levantarme. El doctor Heatherlegh me dijo por la mañana que había recibido una respuesta del señor Mannering y que gracias a la oficiosa mediación del médico y del amigo, toda la ciudad de Simla me compadecía por el estado de mi salud.

—Como ve usted —agregó en tono jovial—, esto es más de lo que usted merece, aunque en verdad ha pasado una tormenta muy dura. No se desaliente; sanará usted, monstruo de perversidad.

Pero yo sabía que nada de lo que hiciera Heatherlegh aliviaría la carga de mis males.

A la vez que este sentimiento de una fatalidad inexorable, se apoderó de mí un impulso de rebelión desesperada e impotente contra una sentencia injusta. Había muchos hombres no menos culpables que yo, cuyas faltas, sin embargo, no eran castigadas, o que habían obtenido el aplazamiento de la pena hasta la otra vida.

Me parecía por lo menos una iniquidad muy cruel y muy amarga que sólo a mí se me hubiese reservado una suerte tan terrible. Esta preocupación estaba destinada a desaparecer para dar lugar a otra en la que el calesín fantástico y yo éramos las únicas realidades positivas de un mundo poblado de sombras. Según esta nueva concepción, Kitty era un duende; Mannering, Heatherlegh y todas las personas que me rodeaban eran duendes también; las grandes colinas grises de Simla eran sombras vanas formadas para torturarme.

Durante siete días mortales fuí retrogradando y avanzando en mí salud, con recrudescimientos y mejorías muy notables; pero el cuerpo se robustecía más y más, hasta que el espejo, no ya solo Heatherlegh, me dijo que compartía la vida animal de los otros hombres.

¡Cosa extraordinaria! En mi rostro no había signo exterior de mis luchas morales. Estaba algo pálido, pero era tan vulgar y tan inexpresivo como siempre. Yo creí que me quedaría alguna alteración permanente, alguna prueba visible de la dolencia que minaba mi ser. Pero nada encontré.

## VIII

El 15 de mayo, a las once de la mañana, salí de la casa de Heatherlegh, y el instinto de la soltería me llevó al Club. Todo el mundo conocía el percance de Jakko, según la versión de Heatherlegh. Se me recibió con atenciones y pruebas de afecto que en su misma falta de refinamiento acusaban mas aún el exceso de la cordialidad. Sin embargo, pronto advertí que estaba entre la gente sin formar parte de la sociedad, y que durante el resto de mis días habría de ser un extraño para todos mis semejantes. Envidiaba con la mayor amargura a los coolies que reían en el Mallo. Comí en el mismo Club, y a las cuatro de la tarde bajé al paseo con la vaga esperanza de encontrar a Kitty. Cerca del quiosco de la música se me reunieron las libreas blanco y negro de los cuatro jampanies y of el conocido lamento de la señora Wessington. Yo lo esperaba por cierto desde que *Bali*, y solo me extrañaba la tardanza. Seguí por el camino de Chota llevando la litera fantástica a mi lado. Cerca del bazar, Kitty y un caballero que la acompañaba nos alcanzaron y pasaron delante de la señora Wessington y de mi. Kitty me trató como si

yo fuera un perro vagabundo. No acertó siquiera el paso, aunque la tarde lluviosa hubiera justificado una marcha menos rápida. Seguimos, pues, por parejas: Kitty con su caballero, y yo con el espectro de mi antiguo amor. Así dimos vueltas por la ronda de Jakko. El camino estaba lleno de baches; los pinos goteaban como canales sobre las rocas; el ambiente se había saturado de humedad. Dos o tres veces oí mi propia voz que decía:

—Yo soy Jack Pansay, con licencia en Simla, ¡en Simla! Es la Simla de siempre, una Simla concreta. No debo olvidar esto; no debo olvidarlo.

Después procuraba recordar las conversaciones del Club: los precios que fulano o zutano habían pagado por sus caballos; todo, en fin, lo que forma la trama de la existencia cotidiana en el mundo angloindio, para mí tan conocido.

Repetía la tabla de multiplicar, para persuadirme de que estaba en mis cabales. La tabla de multiplicar fué para mí un gran consuelo, e impidió tal vez que oyera durante algún tiempo las imprecaciones de la señora Wessington.

Una vez más subí fatigosamente la cuesta del convento y entré por el camino a nivel. Kitty y el

caballero que la acompañaba partieron al trote largo, y yo quedé solo con la señora Wessington.

—Inés —dije—, ¿quieres ordenar que se baje esa capota y explicarme la significación de lo que pasa?

La capota bajó sin ruido, y yo quedé frente a frente de la muerta y sepultada amante.

Vestía el mismo traje que le ví la última vez que hablamos en vida de ella; llevaba en la diestra el mismo pañuelo, y en la otra mano el mismo tarjetero. ¡Una mujer enterrada hacia ocho meses, y con tarjetero!

Volví a la tabla de multiplicar, y apoyé ambas manos en la balaustrada del camino, para cerciorarme de que al menos los objetos inanimados eran reales.

—Ines —repetí—, dime, por piedad, lo que significa esto.

Si mi narración no hubiera pasado ya todos los límites que el espíritu del hombre asigna a lo que se puede creer, sería el caso de que os presentara una disculpa por esta insensata descripción de la escena. Se que nadie me creerá —ni Kitty, para quién en cierto modo escribo, con el desdo de justificarme—; así, pues, sigo adelante. La señora Wessington hablaba

según lo tengo dicho, y yo seguí a su lado desde el camino de Sanjowlie hasta el recodo inferior de la Casa del Comandante General, como hubiera podido ir cualquier jinete conversando animadamente con una mujer de carne y hueso que pasta en litera. Acababa de apoderarse de mí la segunda de las preocupaciones de mi enfermedad —la que más me atormenta—, y como el Príncipe en el poema de Tennyson, "Yo vivía en un mundo fantasma".

Había habido una fiesta en la Casa del Comandante General, y nos incorporamos a la muchedumbre que salía del *Garden—Party*. Todos los que nos rodeaban eran espectros —sombras impalpables y fantásticas—, y la litera de la señora Wessington pasaba a través de sus cuerpos. No puedo decir lo que hablé en aquella entrevista, ni aún cuando pudiera, me atrevería a repetirlo.

¿Qué habría dicho Heartherlegh? Sin duda, su comentario hubiera sido que yo andaba en amoríos con quimeras creadas por una perturbación de la vista, del cerebro y del estómago. Mi experiencia fué lúgubre, y sin embargo, por causas indefinibles su recuerdo es para mí maravillosamente grato. ¿ Podía cortejar,

pensaba yo, y en vida aún, a la mujer que había sido asesinada por mi negligencia y mi crueldad?

Vi a Kitty cuando regresábamos: era una sombra entre sombras.

## IX

Si os describiera todos los incidentes de los quince días que siguieron a aquél, mi narración no terminaría, y antes que ella, acabaría vuestra paciencia. Mañana y tarde me paseaba yo por Simla y sus alrededores acompañando a la dama de la litera fantástica. Las cuatro libreas blanco y negro me seguían por todas partes, desde que salía del hotel hasta que entraba de nuevo. En el teatro, veía a mis cuatro *jampanies* mezclados con los otros *jampanies* y dando alaridos con ellos. Si después de jugar al whist en el Club me asomaba a la terraza, allí estaban los *jampanies*. Fui al baile del aniversario, y al salir vi que me aguardaban pacientemente. También me acompañaban cuando en plena luz hacía visitas a mis amistades.

La litera parecía de madera y de hierro, y no difería de una litera material sino en que no proyectaba sombra. Más de una vez, sin embargo, he estado a punto de dirigir una advertencia a algún amigo que galopaba velozmente hacia el sitio ocupado por la litera. Y más de una vez mi conversación con la señora Wessington ha sorprendido y maravillado a los transeúntes que me veían en el Mallo.

No había transcurrido aún la primera semana de mi salida de casa de Heatherlegh, y ya se había descartado la explicación del ataque, acreditándose en lugar de ella la de una franca locura, según se me dijo. Esto no alteró mis hábitos. Visitaba, cabalgaba, cenaba con amigos lo mismo que antes. Nunca como entonces había sentido la pasión de la sociedad.

Ansiaba participar de las realidades de la vida, y a la vez sentía una vaga desazón cuando me ausentaba largo rato de mi compañera espectral. Sería imposible reducir a un sistema la descripción de mis estados de alma desde el 15 de mayo a la fecha en que trazo estas líneas.

La calesa me llenaba alternativamente de horror, de un miedo paralizante, de una suave complacencia y de la desesperación más profunda. No tenía



valor para salir de Simla, y, sin embargo, sabía que mi estancia en esa ciudad me mataba. Tenía, por lo demás, la certidumbre de que mi destino era morir paulatinamente y por grados, día tras día. Lo único que me inquietaba era pasar cuanto antes mi expiation. Tenía, a veces, un ansia loca de ver a Kitty, y presenciaba sus ultrajantes flirteos con mi sucesor, o para hablar mis exactamente con mis sucesores. El espectáculo me divertía.

Estaba Kitty tan fuera de mi vida, como yo de ella. Durante el paseo diurno yo vagaba en compañía de la señora Wessington, con un sentimiento que se aproximaba al de la felicidad. Pero al llegar la noche, dirigía preces fervientes a Dios para que me concediese volver al mundo real que yo conocía. Sobre todas estas manifestaciones flotaba una sensación incierta y sorda de la mezcla de lo visible con lo invisible, tan extraña e inquietante que bastaría por si sola para cavar la tumba de quién fuese acosado por ella.

*27 de agosto.* — Heatherlegh ha luchado infatigablemente. Ayer me dijo que era preciso enviar una solicitud de licencia por causa de enfermedad.

¡Hacer peticiones de esta especie fundándolas en que el signatario tiene que librarse de la compañía de un fantasma! ¡El Gobierno querrá, graciosamente, permitir que vaya a Inglaterra uno de sus empleados, a quien acompañan de continuo cinco espectros y una litera irreal!

La indicación de Heatherlegh provocó una carcajada histérica. Yo le dije que aguardaría el fin tranquilamente en Simla, y que el fin estaba próximo. Creedme: lo temo tanto, que no hay palabras con que expresar mi angustia. Por la noche me torturo imaginando las mil formas que puede revestir mi muerte.

¿Moriré decorosamente en la cama, como cumple a todo caballero inglés, o un día haré la última visita al Mallo, y de allí volará mi alma, desprendida del cuerpo, para no separarse más del lúgubre fantasma? .Yo no sé tampoco si en el otro mundo volverá a renacer el amor que ha desaparecido, o si cuando encuentre a Inés me unirá a ella, por toda una eternidad, la cadena de la repulsión. Yo no se si las escenas que dejaron su última impresión en nuestra vida flotarán perpetuamente en la onda del Tiempo. A medida que se aproxima el día de mi muerte, crece

más y más en mi la fuerza del horror que siente toda carne a los espíritus de ultratumba.

Es más angustioso aún ver cómo bajo la rápida pendiente que me lleva a la región de los muertos, con la mitad de mi ser muerto ya. Compadecedme, y hacedlo siquiera por mi ilusión; pues yo bien se que no creeréis lo que acabo de escribir. Y sin embargo, si hubo alguien llevado a la muerte por el Poder de las Tinieblas, ese hombre soy yo.

Y también compadecedla, en justicia. Si hubo alguna mujer muerta por obra de un hombre; esa mujer fué la señora Wessington. Y todavía me falta la última parte de la expiación.

(Traducción de Carlos Pereyra.)

MIGUEL DE UNAMUNO

# **EL QUE SE ENTERRÓ**

Filósofo, catedrático y filólogo, fugaz novelista poeta y dramaturgo, pero sobre todo ensayista volcado hacia la realidad viva de las cosas y principalmente de España, **Don MIGUEL DE UNAMUNO** puso un estilo vigoroso, capaz de la diatriba pero también de la emoción, al servicio de un pensamiento lúcido y original. De su obra numerosa y perdurable, citaremos: EL Sentimiento Trágico de la Vida, Vida de Don Quijote y Sancho Panza, Contra Esto y Aquello, Niebla, Tres Novelas Ejemplares y un Prólogo, La Agonía del Cristianismo.

Nació en Bilbao en 1864 Murió en Salamanca en 1937.

## X

### EL QUE SE ENTERRÓ

Era extraordinario el cambio de carácter que sufrió mi amigo. El joven jovial, dicharachero y descuidado, habíase convertido en un hombre triston, taciturno y escrupuloso.

Sus momentos de abstracción eran frecuentes y durante ellos parecía como si su espíritu viajase por caminos de otro mundo. Uno de nuestros amigos, lector y descifrador asiduo de Browning, recordando la extraña composition en que éste nos habla de la vida de Lázaro después de resucitado, solia decir que el pobre Emilio habia visitado la muerte. Y cuantas inquisiciones emprendimos para adivinar la causa de aquel misterioso cambio de caracter fueron inquisiciones infructuosas.

Pero tanto y tanto le apreté y con tal insistencia cada vez, que por fin un día, dejando transparentar el esfuerzo que cuesta una resolución costosa y muy combatida, me dijo de pronto; "Bueno, vas a saber lo que me ha pasado, pero lo exijo, por lo que lo sea más Santo, que no se lo cuentes a nadie mientras yo no vuelva a morirme." Se lo prometí con toda solemnidad

y me llevó a su cuarto de estudio, donde nos encerramos.

Desde antes de su cambio no había yo entrado en aquel su cuarto de estudio. No se había modificado en nada, pero ahora me pareció más en consonancia con su dueño. Pensé por un momento que era su estancia más habitual y favorita la que le había cambiado de modo tan sorprendente.

Su antiguo asiento, aquel ancho sillón frailer, de vaqueta, con sus grandes brazos, me pareció adquirir nuevo sentido. Estaba examinándolo cuando Emilio, luego de haber cerrado cuidadosamente la puerta, me dijo, señalándome:

—Ahi sucedió la cosa.

Le miré sin comprenderle.

Me hizo sentar frente a él, en una silla que estaba al otro lado de su mesita de trabajo, se arrellanó en su sillón y empezó a temblar. Yo no sabía que hacer.

Dos o tres veces intentó empezar a hablar y otras tantas tuvo que dejarlo. Estuve a punto de rogarle que dejase su confesión, pero la curiosidad pudo en mí más que la piedad, y es sabido que la curiosidad es una de las cosas que más hacen al hombre cruel. Se quedó un momento con la cabeza entre las manos y la vista

baja; se sacudió luego como quién adopta una súbita resolución, me miró fijamente y con unos ojos que no le conocía antes, y empezó:

—Bueno; tú no vas a creerme ni palabra de lo que te voy a contar, pero eso no importa. Contándotelo me libentaré de un grave peso, y me basta. No recuerdo que le contesté, y prosiguió

—Hace cosa de año y medio, meses antes del misterio, caí enfermo de terror. La enfermedad no se me conocía en nada ni tenía manifestación externa alguna, pero me hacía sufrir horriblemente. Todo me infundía miedo, y parecía envolverme una atmósfera de espanto. Presentía peligros vagos. Sentía a todas horas la presencia invisible de la muerte, pero de la verdadera muerte, es decir, del anonadamiento.

Despierto, ansiaba porque llegase la hora de acostarme a dormir, y una vez en la cama me sobrecogía la congoja de que el sumo se adueñara de mi para siempre. Era una vida insoportable, terriblemente insoportable. Y no me sentía ni siquiera con resolución para suicidarme, lo cual pensaba yo entonces que seria un remedio. Llegué a temer por mi razón ...



¿Y cómo no consultaste con un especialista?  
—le dije por decirle algo.

—Tenía miedo, como lo tenía de todo. Y este miedo fué creciendo de tal modo, que llegué a pasarme los días enteros en este cuarto y en este sillón mismo en que ahora estoy sentado, con la puerta cerrada, y volviendo a cada momento la vista atrás. Estaba seguro de que aquello no podía prolongarse y de que se acercaba la catástrofe o lo que fuese. Y en efecto llegó.

Aquí se detuvo un momento y pareció vacilar.  
—No lo sorprenda el que vacile —prosiguió— porque lo que vas a oír no me lo he dicho todavía ni a mi mismo. El miedo era ya una cosa que me oprimía por todas partes, que me ponía un dogal al cuello y amenazaba hacerme estallar el corazón y la cabeza. Llegó un día, el siete de setiembre, en que me desperté en el paroxismo del terror; sentía acorchados cuerpo y espíritu. Me prepare a morir de miedo. Me encerré como todos los días aquí, me senté donde ahora estoy sentado, y empecé a invocar a la muerte. Y es natural, llegó —Advirtiéndome la mirada, añadió tristemente:— Si, ya sé lo que piensas, pero no me importa.

Y prosiguió:

—A la hora de estar aquí sentado, con la cabeza entre las manos y los ojos fijos en un punto vago más allá de la superficie de esta mesa, sentí que se abría la puerta y que entraba cautelosamente un hombre. No quise levantar la mirada. Oía los golpes del corazón y apenas podía respirar. El hombre se detuvo y se quedó ahí, detrás de esa silla que ocupas, de pie, y sin duda mirándome.

Cuando pasó un breve rato me decidí a levantar los ojos y mirarlo. Lo que entonces pasó por mí fué indecible; no hay para expresarlo palabra alguna en el lenguaje de los hombres que no se mueren sino una sola vez. El que estaba ahí, de pie, delante mío, era yo, yo mismo, por lo menos en imagen. Figúrate que estando delante de un espejo, la imagen que de ti refleja en el cristal se desprende de éste, toma cuerpo y se te viene encima...

—Si, una alucinación... —murmuré. —De eso ya hablaremos —dijo y siguió:

—Pero la imagen del espejo ocupa la postura que ocupas y sigue tus movimientos, mientras que aquel mi yo de fuera estaba de pié, y yo, el yo de dentro de mí, estaba sentado.

Por fin el otro se sentó también, se sentó donde tú estás sentado ahora, puso los codos sobre la mesa como tú los tienes, se cogió la cabeza, como tú la tienes, y se quedó mirándome como me estás ahora mirando.

Temblé sin poder remediarlo al oírle esto, y él, tristemente, me dijo:

—No, no tengas también tú miedo; soy pacífico.

Y siguió:

—Así estuvimos un momento, mirándonos a los ojos el otro y yo, es decir, así estuve un rato mirándome a los ojos. El terror se había transformado en otra cosa muy extraña y que no soy capaz de definirte; era el colmo de la desesperación resignada. Al poco rato sentí que el suelo se me iba de debajo de los pies, que el sillón se me desvanecía, que el aire iba enrareciéndose, las cosas todas que tenía a la vista, incluso mi otro yo, se iban esfumando, y al oír al otro murmurar muy bajito y con los labios cerrados: "Emilio, Emilio", sentí la muerte. Y me morí.

Yo no sabía que hacer al oírle esto. Me dieron tentaciones de huir, .pero la curiosidad venció en mí al miedo. Y él continuó:

—Cuando al poco rato volví en mí, es decir, cuando al poco rato volví al otro, o sea, resucité, me encontré sentado ahí, donde tú te encuentras ahora sentado y donde el otro se había sentado antes, de codos en la mesa y cabeza entre las palmas contemplándome a mí mismo, que estaba donde ahora estoy.

Mi conciencia, mi espíritu, había pasado del uno al otro, del cuerpo primitivo a su exacta reproducción. Y me vi, o vi mi anterior cuerpo, lívido y rígido, es decir, muerto. Había asistido a mi propia muerte. Y se me había limpiado el alma de aquel extraño terror. Me encontraba triste, muy triste, abismáticamente triste, pero sereno y sin temor a nada. Comprendí que tenía que hacer algo; no podía quedar así y aquí el cadáver de mi pasado.

Con toda tranquilidad reflexioné lo que me convenía hacer. Me levanté de esa silla, y tomándome el pulso, quiero decir, tomando el pulso al otro, me convencí de que ya no vivía.

Salí del cuarto dejándolo aquí encerrado, bajé a la huerta, y con un pretexto me puse a abrir una gran zanja. Ya sabes que siempre me ha gustado hacer ejercicio en la huerta. Despaché a los criados y esperé la noche. Y cuando la noche llegó cargué a mi

cadáver a cuestras y lo enterré en la zanja. El pobre perro me miraba con ojos de terror, pero de terror humano; era, pues, su mirada una mirada humana. Le acaricié diciéndole: no comprendemos nada de lo que pasa amigo, y en el fondo no es esto más misterioso que cualquier otra cosa...

—Me parece una reflexión demasiado filosófica para ser dirigida a un perro —le dije.

¿Y por qué? —replicó—. ¿O es que crees que la filosofía humana es mas profunda que la perruna? —Lo que creo es que no lo entendería.

—Ni tú tampoco, y eso que no eres perro. — Hombre, si, yo lo entiendo.

—¡Claro, y me crees loco! ... Y como yo callara, anadió:

—Te agradezco ese silencio. Nada odio más que la hipocresía. Y eh cuanto a eso de las alucinaciones, he de decirte que todo cuanto percibimos no es otra cosa, y que no son sino alucinaciones nuestras impresiones todas. La diferencia es de orden práctico. Si vas por un desierto consumiéndote de sed y de pronto oyes el murmurar del agua de una fuente y ves el agua, todo esto no pasa de alucinación. Pero si arrimas a ella tu boca y bebes y la sed se te apaga,

llamas a esta alucinación una impresión verdadera, de realidad. Lo cual quiere decir que el valor de nuestras percepciones se estima por su efecto práctico. Y por su efecto práctico, efecto que has podido observar por ti mismo, es por lo que estimo lo que aquí me sucedió y acabo de contarte. Porque tú ves bien que yo, siendo el mismo, soy, sin embargo, otro.

—Esto es evidente...

—Desde entonces las cosas siguen siendo para mí las mismas, pero las veo con otro sentimiento. Es como si hubiese cambiado el tono, el timbre de todo. Vosotros creéis que soy yo el que he cambiado y a mí me parece que lo que ha cambiado es todo lo demás.

—Como caso de psicología... —murmuré

¿De psicología? ¡Y de metafísica experimental!

—Experimental? —exclamé

—Ya lo creo. Pero aun falta algo. Ven conmigo. Salimos de su cuarto y me llevó a un rincón de la huerta. Empecé a temblar como un azogado, y él, que me observó, dijo:

¿Lo ves? ¿Lo ves? ¡También tú! ¡Ten valor, racionalista!

Me percaté entonces de que llevaba un azadón consigo. Empezó a cavar con él mientras yo seguía clavado al suelo por un extraño sentimiento, mezcla de terror y de curiosidad. Al cabo de un rato se descubrió la cabeza y parte de los hombros de un cadáver humano, hecho ya casi esqueleto. Me lo señaló con el dedo diciéndome:

—¡Mírame!

Yo no sabía que hacer ni que decir. Volvió a cubrir el hueco. Yo no me movía.

—¿Pero que te pasa, hombre? —dijo sacudiéndome el brazo.

Creí despertar de una pesadilla. Lo miré con una mirada que debió de ser el colmo del espanto. — "Sí —me dijo—, ahora piensas en un crimen; es natural. ¿Pero has oído tú de alguien que haya desaparecido sin que se sepa su paradero? ¿Crees posible un crimen así sin que se descubra al cabo? ¿Me crees criminal?"

—Yo no creo nada —le contesté.

—Ahora has dicho la verdad; tú no crees en nada y por no creer en nada no te puedes explicar cosa alguna, empezando por las mas sencillas. Vosotros, los que os tenéis por cuerdos, no disponéis

de mas instrumentos que la lógica, y asi vivís a obscuras...

—Bueno —le interrumpí—, ¿y todo esto que significa?

¡Ya salió aquello! Ya estás buscando la solución o la moraleja. ¡Pobres locos! Se os figura que el mundo es una charada o un jeroglífico cuya solución hay que hallar. No, hombre, no; esto no tiene solución alguna, esto no es ningún acertijo ni se trata aqui de simbolismo alguno. Esto sucedió tal cual te lo he contado, y si no me lo quieres creer, allá tú.

Después que Emilio me contó esto y hasta su muerte, volví a verle muy pocas veces, porque rehuía su presencia. Me daba miedo. Continuó con su carácter mudado, pero haciendo una vida regular y sin dar el menor motivo a que se le creyese loco.

Lo único que hacía era burlarse de la lógica y de la realidad. Se murió tranquilamente, de pulmonía, y con gran valor. Entre sus papeles dejó un relato circunstanciado de cuanto me había contado y un tratado sobre la alucinación. Para nosotros fué siempre un misterio la existencia de aquel cadáver en el rincón de la huerta, existencia que se pudo comprobar.



En el tratado a que hago referencia sostenía, según me dijeron, que a muchas, a muchísimas personas les ocurren durante la vida sucesos trascendentales, misteriosos, inexplicables, pero que no se atreven a revelar por miedo a que se les tenga por locos.

"La lógica —dice— es una institución social y la que se llama locura una cosa completamente privada. Si pudiéramos leer en las almas de los que nos rodean veríamos que vivimos envueltos en un mundo de misterios tenebrosos, pero palpables."

(Extraído de De Esto y, Aquello, t. II, por gentileza de Editorial Sudamericana S. A., Buenos Aires.)

T'AO YUAN—MING

**LA FUENTE DE LAS  
FLORES DE DURAZNO**

**"T"AO YUAN—MING**, delicado poeta chino, nació en el año 365 y murió en el 427 de nuestra era. Breve tiempo funcionario, prefirió el retiro de su hogar y su jardín. Su filosofía está compendiada en el siguiente canto fúnebre compuesto por él:

"Si existe la vida, es necesaria la muerte./ Morir demasiado pronto no es un destino cruel./ Ayer era un hombre con todos vosotros,/ ahora estoy con las sombras./ El alma vuela y parte no se sabe adónde,/ el cuerpo inerte yace en el ataúd./ Mis hijas llamarán a su padre en vano,/ mis amigos llorarán inclinándose./ Yo no sabré de lo verdadero y lo falso / no sentiré el bien ni el mal/ Dentro de diez mil años/ ¿ quién pensará en mi vergüenza o en mi gloria?/ El único pesar que traigo de la vida/ es no haber bebido suficiente vino."

## XI

### LA FUENTE DE LAS FLORES DE DURAZNO

Bajo la dinastía de las Tsin, un hombre de WuLing, pescador de oficio, se extravió siguiendo un río y ya no sabía cuánto camino había recorrido. De improviso descubrió un bosque de durazneros en flor que se alzaba en ambas orillas, a varios centenares de pasos, sin que hubiese allí un árbol de otra especie diferente. Los matorrales florecidos eran bellos y perfumados y los pétalos caídos cubrían el suelo.

El pescador, después de admirar el espectáculo, reanudó su camino, queriendo llegar al extremo del bosque. Este terminaba en la fuente misma del río. Allí encontró una montaña. En la montaña había un pequeño túnel a través del cual le pareció ver luz.

Abandonando entonces su barca, entró en esa caverna. Al principio era muy angosta, permitiendo apenas el paso de un hombre. Mas cuando hubo recorrido varias decenas de pasos arribó de pronto a un espacio descubierto y claro.

El terreno era llano; la planicie se extendía a la distancia y se veían hermosas casas. Había campos bien cultivados y bellos estanques, bosquecillos de

moreras y de bambúes. Los caminos eran numerosos; por doquier se oían cantar los gallos y ladrar los perros. Pero los hombres y las mujeres que iban y venían, paseando o trabajando, vestían como extranjeros. Y todos, desde los ancianos de cabellos amarillentos hasta los niños desgreñados, tenían aspecto apacible y feliz.

Cuando descubrieron al pescador, se quedaron asombrados. Le preguntaron de dónde venía, y él les contó. Entonces lo invitaron a entrar en una casa donde le ofrecieron vino y mataron una gallina para obsequiarlo. Y cuando en la aldea se supo que había llegado un hombre, todos vinieron para hablarle e interrogarlo.

En cuanto a ellos mismos, le explicaron que sus antepasados, huyendo de las agitaciones de su época, trayendo a sus mujeres, niños y amigos, habían venido a refugiarse en ese rincón perdido de donde jamás volvieron a salir y donde no tenían ningún contacto con el mundo de afuera.

Preguntaron al pescador que dinastía reinaba entonces en China; ni siquiera habían oído hablar de la dinastía Han, y mucho menos de las siguientes.

El pescador les contó en detalle cuanto sabía, y ellos lo escuchaban suspirando. Luego los demás habitantes lo invitaron uno tras otro a sus casas y todos le ofrecieron bebidas y alimentos.

Después de permanecer allí algunos días, el pescador se dispuso a partir. Entonces esos hombres del interior de la montaña le suplicaron que no hablara de ellos. A la salida encontró su barca y emprendió el regreso, señalando cuidadosamente su itinerario. Cuando arribó a la ciudad, se presentó al prefecto y le narró lo sucedido. El prefecto despachó a sus hombres para reconocer el camino. Buscaron las señales del pescador, pero bien pronto se extraviaron y no pudieron encontrar el buen camino.

Lieu Tseu-Ki, de Nan-Yang, letrado de mucho mérito, oyendo entusiasmado referir esta historia, quiso ir personalmente. Pero sus indagaciones no tuvieron éxito. Poco más tarde enfermó y murió, y no hubo desde entonces quien saliera en busca de la fuente.

(Traducido de la ANTHOLOGIE RAISONNÉE:  
DE LA LITTÉRATURE CHINOISE, de G. Margouliès.)

LEÓNIDAS ANDREIEV

# LÁZARO

**LEÓNIDAS ANDREIEV** nació en 1871, en Orel, Rusia. Llevó una vida pobre y desdichada a la que alguna vez quiso poner fin por su propia mano. Su obra, en la que hay un dejo de cinismo y aún de morbosidad, tiene sin embargo extraordinaria fuerza. Citaremos, entre sus novelas, Judas Iscariote, La Risa Roja, Los Siete Ahorcados. Murió en Finlandia en 1919.



## XII

### Lázaro

Cuando Lázaro salió del sepulcro, donde tres días y tres noches yaciera bajo el misterioso poder de la muerte, y, vuelto a la vida, tornó a su casa, no advirtieron sus deudos, al principio, las malignas rarezas que, con el tiempo, hicieron terrible hasta su nombre.

Alborzados con ese claro júbilo de verlo restituido a la vida, amigos y parientes prodigábanle caricias y halagos sin cesar y ponían el mayor esmero en tenerle a punto la comida y la bebida y ropas nuevas.

Vistiéronle hábitos suntuosos con los colores radiantes de la ilusión y la risa, y cuando él, semejante a un novio con su traje nupcial, volvió a sentarse entre los suyos a la mesa, y comió y bebió con ellos, lloraron todos de emoción y llamaron a los vecinos para que viesen al milagrosamente resucitado.

Y los vecinos acudieron y también se regocijaron; y vinieron también gentes desconocidas de remotas ciudades y aldeas y con vehementes exclamaciones expresaban su reverencia ante el

milagro... Como enjambres de abejas revoloteaban sobre la casa de María y Marta.

Y lo que de nuevo se advertía en el rostro de Lázaro y en sus gestos, reputábanlo naturalmente como huellas de la grave enfermedad y de las conmociones padecidas. Era evidente que la labor destructora de la muerte, en el cadáver, había sido detenida por milagroso poder, pero no borrada del todo; y lo que ya la muerte lograra hacer con el rostro y el cuerpo de Lázaro, venía a ser cual el diseño inconcluso de un artista, bajo un fino cristal.

En las sienes de Lázaro, por debajo de sus ojos y en las demacradas mejillas, perduraba una densa y terrosa cianosis; y esa misma cianosis terrosa matizaba los largos dedos de sus manos y también en sus uñas, que le crecieran en el sepulcro, resaltaba ese mismo color azul, con tonos rojizos y oscuros. En algunos sitios, en los labios y en el cuerpo, habíasele resquebrajado la piel, tumefacta en el sepulcro, y en esos sitios mostraba ténues grietas rojizas, brillantes, cual espolvoreadas de diáfana mica. Y se había puesto obeso.

El cuerpo, hinchado en el sepulcro, conservaba aquellas monstruosas proporciones, aquellas protu-

berancias terribles, tras las cuales adivinábase la hedionda humedad de la putrefacción. Pero el cadavérico hedor de que estaban impregnados los hábitos sepulcrales de Lázaro, y, al parecer, su cuerpo todo, no tardó en desaparecer por completo y al cabo de algún tiempo amortiguóse también la cianosis de sus manos y su rostro y se igualaron aquellas hinchazones rojizas de su piel, aunque sin borrarse del todo. Con esa cara presentóse a la gente, en su segunda existencia; pero aquello parecía natural a quienes le habían visto en el sepulcro.

Lo mismo que la cara pareció haber cambiado también el carácter de Lázaro; pero tampoco eso asombró a nadie ni atrajo sobre él demasiado tiempo la atención. Hasta el día de su muerte, había sido Lázaro un hombre jovial y desenfadado, amigo de risas y burlas inocentes. Por esa su jovialidad simpática e inalterable, exenta de toda malignidad y sombra de mal humor, cobrárale tanto cariño el Maestro.

Ahora, en cambio, habíase vuelto serio y taciturno; jamás gastaba bromas a nadie ni coreaba con su risa las ajenas; y las palabras que rara vez salían de sus labios, eran las más sencillas, corrientes e indispensables y tan faltas de sustancia y enjundia,

cual esos sonidos con que el animal expresa su dolor y su bienestar, la sed y el hambre. Palabras que un hombre puede pronunciar toda su vida, sin que nadie llegue a saber de que se duele o se alegra su profunda alma.

Así, con la faz de un cadáver, sobre el que, por espacio de tres días, señoreara la muerte en las tinieblas... vestido con sus nupciales ropas, brillantes de amarillo oro y sanguinolenta púrpura, pesado y silencioso, vuelto otro hasta el espanto, pero aun reconocible para todos... sentábase a la mesa del festín, entre sus amigos y deudos.

En anchas ondas, ora dulces, ora sonoramente aborascadas surgían en torno a él, las ovaciones; y miradas, encendidas de amor, iban a posarse en su rostro, que aún conservaba la frialdad de la tumba; y la tibia mano de un amigo acariciaba la suya, pesada y azuleante. Tocaba la música. Habían llevado músicos y éstos tocaban cosas alegres; y vibraban cimbalos y flautas, cítaras y guzlas. Como enjambres de abejas, bordoneaban... como cigarras estridentes... como pájaros, cantaban sobre la venturosa mansión de María y Marta.

II

Un imprudente levantó el velo. Con el sople indiscreto de una palabra lanzada al azar, rompió el luminoso encanto y en toda su informe desnudez dejó ver la verdad. Aún no se concretara del todo en su mente la idea, cuando sus labios, sonriendo, preguntaron:

¿Por que Lazaro, no nos cuentas... lo que viste allí?

Y todos guardaron silencio, sorprendidos de aquella pregunta. Parecía como si, por primera vez entonces, se diesen cuenta de que Lázaro había estado muerto tres días y miráronlo curiosos, aguardando su respuesta. Pero Lázaro callaba.

¿No quieres contárnoslo? —insistió el preguntón con asombro— ¡Tan terrible era aquello !

Y otra vez su pensamiento fuéle a la zaga a sus palabras; de haberle ido por delante, no habría formulado esa pregunta, que en aquel mismo instante, le destrozaba el corazón con irresistible pánico. Inquietáronse también todos y con ansia aguardaban las palabras de Lázaro; pero éste seguía guardando un silencio grave y frío y sus ojos tenían una mirada vaga. Y otra vez volvieron a notar, como al principio,

aquella terrible cianosis de su rostro y aquella repugnante obesidad; sobre la mesa, como olvidadas por Lázaro, yacían sus manos. de un azul rojizo... y todas las miradas involuntariamente fijas, convergían en ellas, cual si de ellas aguardasen la respuesta anhelada. Y seguían tocando los músicos ; pero no tardó en correrse hasta ellas el silencio y así como el agua apaga un rescoldo, también aquel silencio apagó los alegres compases. Callaron las flautas; callaron también los sonoros cimbalos y las bordoneantes guzlas; y lo mismo que una cuerda que salta, gimió desmayada la canción... y como un trémulo, intermitente sonido, enmudeció también la cítara. Y todo quedó en silencio.

¿No quieres decírnoslo? —repitió el preguntón, incapaz de contener su lengua. Reinaba el silencio y sobre la mesa descansaban inmóviles las azulosas, rojizas manos de Lázaro. Y he aquí que aquellos manos moviéronse levemente y todos respiraron aliviados y alzaron los ojos; y las fijaron en ellas, y todos a una, con una sola mirada, pesada y terrible, quedáronse contemplando al resurrecto Lázaro.

Era aquél el tercer día, después que Lázaro saliera del sepulcro. De entonces acá, muchos habían

sentido el poder aniquilador de su mirada; pero ni aquellos que por ella quedaron destruidos para siempre ni aquellos otros que en las primordiales fuentes de la vida, tan misteriosas como la propia muerte, encontraron valor para afrontarla. .. jamás pudieron explicarse lo horrible que, invisible, yacía en el fondo de sus negras pupilas. Miraba Lázaro de un modo sencillo y sereno, sin deseo de descubrir cosa alguna, ni intención de decir nada... hasta miraba fríamente cual si fuese del todo ajeno al espectáculo de la vida. Y eran muchos los despreocupados que tropezaban con él y no lo notaban, y, luego, con asombro y pavor, reconocían quien era aquel hombre obeso y flemático que los rozaba con la orla de su lujosa y brillante túnica. Seguía brillando el sol cuando miraba él, y seguía manando, cantarina, la fuente y no perdían los cielos su color cerúleo; pero el hombre que caía bajo su mirada enigmática, ya no oía el rumor de la fuente ni reconocía los nativos cielos.

Unas veces, rompía a llorar con amargura; otras, desesperado, se arrancaba los cabellos y, como loco, gritaba pidiendo socorro; pero lo más frecuente era que, con toda calma e indiferencia, empezara a morirse y siguiera muriéndose durante

largos años, muriéndose a vista de todos, muriéndose descolorido, bostezante y tedioso como un árbol que se va agotando en silencio sobre una tierra pedregosa. Y los primeros, los que gritaban y enloquecían, volvían luego a la vida; pero los otros... nunca.

¿De modo, Lázaro, que no quieres contarnos lo que viste allí? —por tercera vez repitió el preguntón. Pero ahora su voz era indiferente y brumosa y mortecina y un tedio gris miraba por sus ojos. Y sobre todas las caras extendióse como polvo, aquel mismo tedio mortal y con romo asombro miráronse unos a otros los comensales, sin comprender por que se habían reunido allí, en torno a aquella rica mesa Dejaron de hablar. Con indiferencia pensaban que debían irse a sus casas, pero no podían sacudirse aquel pegajoso e indolente tedio, cque paralizaba sus músculos, y continuaban sentados, apartados unos de otros, cual nebulosas lucecillas desparramadas por los nocturnos campos.

Pero a los músicos les habían pagado para que tocasen y volvieron a coger sus instrumentos y volvieron a surgir y saltar sus sones estudiadamente alegres, estudiadamente tristes. Toda aquella armonía vertíase sobre ellos, pero no sabían los comensales



que falta les hacia aquello ni a que conducía el que aquellos individuos pulsasen las cuerdas, inflando los carrillos y soplasen en las tenues flautas y armasen aquel raro, discordante ruido.

—¡Qué mal tocan! —dijo uno.

Los músicos diéronse por ofendidos y se largaron. Detrás de ellos, uno tras otro, fuéronse también los comensales, porque ya estaba anocheciendo. Y cuando por los cuatro costados envolviolos la sombra, y ya empezaban a respirar a sus anchas... súbitamente, ante cada uno de ellos, con el fulgor de un relámpago, surgió la figura de Lázaro; rostro azuleante de muerto, vestidura nupcial lujosa y brillante y fría mirada, del fondo de la cual destilaba, inmóvil, algo espantoso. Cual petrificados quedáronse ellos en distintos sitios y la sombra los circundaba; pero en la sombra, con toda claridad, destacábase la terrible visión, la sobrenatural imagen de aquel que, por espacio de tres días yaciera bajo el enigmático poder de la muerte. Muerto estuvo tres días; tres veces salió y se puso el sol y él estaba muerto; jugaban los chicos, bordoneaba el agua en los gujarros, ardía el polvo, levantado en el camino por los pies de los viandantes... y él estaba muerto. Y

ahora otra vez se hallaba entre los hombres..., los palpaba..., los miraba..., ¡los miraba!... y por entre los negros redondeles de sus pupilas. como al través de opaco vidrio, miraba a las gentes el más incomprendible Allá.

### III

Nadie se preocupaba de Lázaro, amigos y deudos, todos sin excepción, lo habían abandonado y el gran desierto que rodeaba la ciudad santa, llegaba hasta los umbrales mismos de su casa. Y en su casa se metía y en su cuarto se instalaba cual si fuese su mujer y apagaba los fuegos.

Nadie se preocupaba de Lázaro. Una tras otra, fuéronse de su lado sus hermanas.... Maria y Marta... Resistióse mucho a hacerlo Marta, porque no sabía quien iría luego a alimentarlo y le daba lástima y lloraba y oraba. Pero una noche, habiéndose levantado en el desierto un huracán que, silbando, zarandeaba los cipreses sobre el techo, vistióse sus ropas con sigilo y con el mismo sigilo se fué. Seguro que Lázaro oiría el ruido de la puerta que, mal cerrada, volteaba sobre sus goznes bajo los intermitentes

embates del viento... pero no se levantó ni salió a mirar. Y toda la noche, hasta ser de día, estuvieron zumbando sobre su cabeza los cipreses y crujiendo, quejumbrosa, la puerta, dando paso franco hasta el interior de la casa, al frío y ansiosamente galopante desierto.

Cual a un leproso huíanle todos y como a un leproso querían colgarle al cuello una campanilla, con el fin de evitar oportunamente su encuentro. Pero hubo quién, palideciendo, dijo que sería terrible eso de oír en el silencio de la noche, al pie de la ventana, el tintineo de la campanilla de Lázaro... y todos también, palideciendo, le dieron la razón.

Y como tampoco él se cuidaba de si mismo, es posible que se hubiera muerto de hambre, si sus vecinos, por efecto de cierto temor, no se hubieran encargado de llevarle la comida. Valíanse para esto de los niños, que eran los únicos que no se asustaban de Lázaro; sino que, lejos de eso, burlábanse de él, como suelen hacerlo, con inocente crueldad, de todos los desdichados.

Mostrábansele indiferentes, y con la misma indiferencia pagaba Lázaro; no sentía el menor antojo de acariciar sus negras cabecitas ni mirar a sus ojillos,

brillantes e ingenuos. Rendida al poder del tiempo y del desierto, derrumbóse su casa, y mucho hacía ya que se le fueran con sus vecinos sus hambrientas escuálidas cabras.

Desgarráronsele también sus lujosas vestiduras nupciales. Según se las pusiera aquel venturoso día, en que tocó la música, así las llevó sin mudárseles, cual si no advirtiese diferencia alguna entre lo nuevo y lo viejo, entre lo roto y lo entero. Aquellos vistosos colores se destiñeron y perdieron su brillo; los malignos perros de la ciudad y los agudos abrojos del desierto convirtieron en andrajos su delicado cíngulo.

Un día, que el implacable sol volviérase un verdugo de toda cosa viva y hasta los escorpiones permanecían amodorrados bajo sus piedras, conteniendo su loca ansia de morder, Lázaro, sentado inmóvil bajo los rayos solares, alzaba a lo alto su azulesco rostro y sus greñudas y salvajes barbas.

Cuando todavía los hombres le hablaban, preguntáronle una vez:

—Pobre Lázaro, ¿es que lo gusta estarte sentado, mirando al sol?

Y contestó él: —Sí.

Tan grande debía de ser el frío de tres días en la tumba y tan profunda su tiniebla, que no había ya en la tierra calor ni luz bastantes a calentar a Lázaro y a iluminar las sombras de sus ojos —pensaban los preguntones y, suspirando, se alejaban.

Y cuando el globo rojizo, incandescente, se inclinaba hacia la tierra, salió Lázaro al desierto e iba a plantarse frente al sol. como si quisiera cogerlo. Siempre caminaba cara al sol, los que tuvieron ocasión de seguirlo y ver lo que hacía por las noches en el yermo, conservaban indelebles en la memoria la larga silueta de aquel hombre alto, sombrío sobre el rojo y enorme disco encendido del astro. Ahuyentábalos la noche con sus terrores y no llegaban a saber lo que hacía Lázaro en el desierto; pero su imagen negra sobre rojo, quedó—baseles grabada en el cerebro, con caracteres imborrables. Como una fiera, que revuelve los ojos y se frota el hocico con sus patas, así también apartaban ellos la vista y se restregaban los ojos; pero la imagen de Lázaro quedaba impresa en ellos hasta la muerte.

Pero había individuos que vivían lejos y nunca habían visto a Lázaro y solo tenían de él vagas referencias. Por efecto de esa curiosidad irresistible, más

poderosa todavía que el miedo, aunque del miedo se nutre, con una íntima burla en el alma, llegábase a Lázaro, que estaba sentado al sol, y lo interpelaban. Por aquel entonces, ya el aspecto exterior de Lázaro había mejorado y no resultaba tan imponente; así que, al pronto, ellos chascaban los dedos y pensaban que los habitantes de la ciudad santa eran unos estúpidos. Pero luego de terminarse el breve coloquio, cuando ya se iban a sus casas, mostraban un aspecto tal, que en seguida los habitantes de la ciudad santa los conocían y comentaban:

—Todavía hay locos que van a ver a Lázaro — y sonreían compasivos y alzaban al cielo los brazos. Llegaban, con estruendo de armas, valientes guerreros que no conocían el miedo; llegaban, con risas y canciones, jóvenes felices; y discretos publicanos, preocupados con el dinero, y los arrogantes ministros del templo detenián sus rebaños junto al hebreo Lázaro..., pero ninguno volvía de allí como había ido. La misma sombra terrible caía sobre las almas y confería un nuevo aspecto al viejo mundo conocido.

Así expresaban sus sentimientos aquellos que se prestaban aún a hablar:

Todos los objetos, visibles para los ojos y tangibles para la mano, vuélvense vacíos, livianos y translúcidos... semejantes a claras sombras en la bruma nocturna, así se vuelven:

porque esa misma gran bruma que envuelve toda la creación, no iluminada por el sol ni por la luna, ni por las estrellas, que cual velo negro infinito arropa a la tierra como una madre, envuélvalos a todos; todos los cuerpos penetrábamos, así el hierro como la piedra y soltábanse las partes del cuerpo, faltas de encaje, y en lo hondo de esas partes penetraba también y disgregábanse las partes en partículas; porque ese gran vacío, que envuelve la creación no se colmaba ni con el sol ni con la luna o las estrellas, sino que imperaba sin límites, por doquiera calaba, separándolo todo, cuerpos de cuerpos y partes de partes; en el vacío hundían sus raíces los árboles y ellos también estaban vacíos; en el vacío, amenazando con espectral caída, gravitaban los templos, los palacios y las casas y ellos también estaban vacíos; y en el vacío agitábase inquieto el hombre y también resultaba vacío y leve cual una sombra: porque no existía el tiempo y el principio de cada cosa fundiase con su fin; apenas labraban un edificio y aun sus constructores daban

martillazos; cuando ya se dejaban ver sus escombros y en el lugar de ellos, el vacío; apenas nacia una criatura, cuando ya sobre su cabeza ardian los blandones fúnebres y se apagaban y ya el vacío ocupaba el lugar del hombre y de los fúnebres blandones; y abrazado por el vacío y la sombra, temblaba sin esperanza el hombre ante el horror de lo Infinito.

Así decían aquellos que aun se prestaban a hablar. Pero es de suponer que aún habrían podido decir más aquellos otros que se negaban a hablar y en silencio morían.

#### IV

Por aquel tiempo había en Roma un escultor famoso. Del barro, el mármol y el bronce creaba cuerpos de dioses y hombres y era tal su divina belleza que todos la reputaban sin igual.

El, sin embargo, no estaba satisfecho de sus obras y afirmaba que aún había algo más bello que no podía reproducirse ni en el marmol ni en el bronce. — Aún no pude captar el fulgor de la Tuna —decía— ni tampoco el del sol... y mis mármoles no tienen alma ni



mis bellos bronce, vida.— y cuando ]as noches de luna, vagaba despacio el artista por la ciudad y, recortando ]as negras sombras de los cipreses, se deslizaba con su blanco jitón bajo la luna, los amigos que se lo encontraban, echábanse a reir afectuosamente y decían:

¿Es que andas tras de cazar el fulgor de la luna, Aurelio? ¿Por que no te trajiste un cesto? Y él, también riendo, señalaba a sus ojos: —Estos son mis cestos, en los que recojo la luz de la luna y el resplandor del sol.

Y era verdad; brillaba en sus ojos la luna y el sol resplandecía en ellos. Sólo que no podía trasladarlos al mármol y aquel era el luminoso dolor de su vida.

Procedía de antiguo linaje patricio, estaba casado con una mujer de buena condición, tenía hijos y no podía sufrir deficiencia de ninguna clase.

Luego que hubo llegado a sus oídos la vaga fama de Lázaro, consultó con su mujer y sus amigos y emprendió la larga peregrinación a Judea, al solo fin de ver con sus propios ojos a aquel hombre milagrosamente resucitado. Sentíase por aquel entonces un tanto aburrido y esperaba reavivar con aquel viaje su adormecida atención. Cuanto le habían referido del

resucitado, no fué parte a intimidarlo; había meditado mucho sobre la muerte, y aunque no le resultaba simpática, menos simpáticos le eran todavía aquellos que la descartaban de su vida.

A este lado... la bellísima vida; a este otro ... la enigmática muerte —pensaba él— y nada mejor podía discurrir el hombre que lo vivo..., alegrarse con la vida y la belleza es lo vivo. Y hasta sentía cierto presuntuoso deseo; ver a Lázaro con la verdad de sus ojos y volver a la vida su alma de igual modo que volviera su cuerpo. Lo cual le parecía tanto más fácil cuanto que aquellos rumores sobre el resucitado, raros y medrosos, no expresaban toda la verdad acerca de él y solamente de un modo confuso prevenían contra algo espantoso.

Ya se levantaba Lázaro de la piedra para seguir al sol que iba a ocultarse en el desierto, cuando hubo de llegarse a él un opulento romano, seguido de un esclavo armado, y en voz recia, le dijo:

—¡Lázaro!

Y reparó Lázaro en el bello arrogante rostro nimbado por la fama y las radiantes vestiduras y las gemas que centelleaban al sol. Los rojizos rayos del astro daban a la cabeza y a la cara un cierto parecido

con el bronce vagamente brillante... y Lázaro lo advirtió. Sentóse dócilmente en su sitio y agobiado, bajó la vista.

—Si... no tienes nada de bello, mi pobre Lázaro —dijo lentamente el romano, jugando con su cadenilla de oro— incluso terrible pareces, mi pobre amigo; y la muerte no anduvo perezosa el día que tan imprudentemente caíste en sus brazos. Pero estás inflado como un tonel y los gordos son gente buenaza, por lo general —decía el gran Usar— y no me explico por que la gente te tiene tanto miedo. ¿Me permitirás pasar la noche en tu casa? Es tarde ya y no tengo posada.

Nadie hasta entonces pidiérale hospitalidad por una noche en su casa al resucitado.

—Yo no tengo casa —dijo Lázaro.

—Yo soy algo martial y puedo dormir sentado —respondióle el romano—. Encenderemos lumbre...

—Yo no tengo fuego.

—Pues entonces, nos sentaremos en la sombra, como dos amigos y conversaremos.

Pienso que tendrás algo de vino ...

—Yo no tengo vino.

El romano echóse a reír.

—Ahora comprendo por que estás tan sombrío y descontento de tú segunda vida. ¡Te falta el vino! Bien...; es igual, nos pasaremos sin él ; mira, hay manantiales cuyas aguas se suben a la cabeza lo mismo que el falerno.

Despidió con un gesto al esclavo y ambos se quedaron solos. Y de nuevo rompió a hablar el escultor; pero habríase dicho que, juntamente con el sol declinante, íbase la vida de sus palabras y quedábanse pálidas y huera... cual si se tambaleasen sobre sus mal seguros pies, como si resbalasen y cayesen, ebrias de un vino de pena y desesperanza. Y dejáronse ver negros resquicios entre ellas..., cual remotas alusiones al gran vacío y a la gran tiniebla.

—¡Ahora soy tu huésped y no me ofenderás, Lázaro! —dijo—. La hospitalidad es un deber, incluso para quién estuvo muerto tres días. ¡Porque tres días, según me han dicho, estuviste en el sepulcro!... ¡Oh y que frío debe de hacer allí!... Allí debiste aprender esa mala costumbre de prescindir del fuego, aún en invierno... Con lo amante que soy yo de la luz... y lo pronto que oscurece aquí ... Tienes un diseño muy interesante de cejas y frente; se diría las calcinadas ruinas de un palacio, después de un terremoto. Pero

por que vas vestido de un modo tan raro y feo? Yo he visto a los recién casados en vuestro país y hay que ver como van vestidos... de un modo tan ridículo... ¡tan horrible!... Pero ¿acaso eres tú uno de ellos?

Ocultábase ya el sol, negras sombras gigantes venian del oriente... ; cual pies enormes y descalzos hacían crujir la arena y un leve escalofrío corríase por la espalda.

—En la sombra pareces todavía más grande, Lázaro; se diría que has engordado en este instante. ¿No sera que te alimenta la sombra?... Pero yo daría algo por tener aquí fuego..., por poco que fuere..., solamente unas brasas... Si no estuviera esto tan oscuro, diría que me estás mirando, Lázaro... Sí, no hay duda que me miras... Porque lo siento...; sí..., y ahora te has sonreído.

Hízose de noche y el aire se llenó de una pesada negrura.

—¡Que gusto mañana, cuando vuelva a salir el sol!... Porque has de saber que yo soy un gran escultor, por lo menos eso dicen mis amigos. Yo creo...; sí..., eso se llama crear...; pero para eso necesito la luz del día. Infundo vida al Trio mármol,

moldeo en el fuego el sonoro bronco, en el radiante, cálido fuego. ¿Por que me has tocado con tu mano?

—Vámonos —dijo Lázaro—. Eres mi huésped.

Y ambos se encaminaron a la casa. Y la larga noche tendióse por la tierra. No aguardaba el esclavo a su señor y marchó en su busca cuando ya iba alto el sol. Y vió con asombro, cara a los quemantes rayos del sol, que estaban sentados, uno junto al otro, Lázaro y su amo, y fijos en lo alto los ojos, callaban. Echóse a llorar el esclavo y gritó recio:

—Señor, ¿qué te pasa? ¡Señor!

Aquel mismo día regresó el escultor a Roma. Todo el camino fué Aurelio ensimismado y silencioso, mirándolo todo de hito en hito... la gente, los barcos, el mar..., y habríase dicho que hacía esfuerzos por recordar algo. Sobrevino en el mar una recia tempestad y todo el tiempo que duró estúvose Aurelio sobre cubierta mirando las olas que se encrespaban y caían. Al llegar a su casa chocóles a sus deudos el terrible cambio que sufriera; pero él los tranquilizó diciéndoles estas ambiguas palabras:

—Lo encontré.

Y sin quitarse aquel sucio traje con que hiciera el camino, puso inmediatamente manos a la obra, y el

mármol plegábase dócil, retumbando bajo los recios martillazos. Larga y tensamente estuvo trabajando el artista, sin siquiera interrumpir su labor para tomar un bocado, hasta que, al fin, una mañana anunció estar ya terminada su obra y mandó llamar a los amigos, severos estimadores y expertos en achaques de buen gusto. Y en tanto llegaban, vistióse ropas suntuosas, de fiesta, brillantes de oro rubio, rojas de púrpura.

—He ahí lo que he creado —dijo pensativo. Miraron sus amigos y la sombra del más profundo agravio cubrió sus semblantes. Era aquello algo monstruoso, sin forma conocida habitual, pero no exento de cierto aire novedoso, de cosa nunca vista. Sobre una tenue, encorvada florecilla, o algo semejante, posábase torcido y raro, el ciego, informe y arrugado pecho de alguien vuelto hacia adentro, de unos trazos que pugnaban impotentes por huir de sí mismos. Y al azar, por debajo de uno de esos salientes, bárbaramente clamantes, veíase una mariposa admirablemente esculpida, de alitas translúcidas, como temblando en impotente ansia de volar.

¿Por que esa admirable mariposa, Aurelio? — preguntó uno indeciso.

—No sé —respondióle el escultor.

Pero era preciso decir la verdad; y uno de los amigos, aquel que quería más a Aurelio, con tono firme dijo:

—¡Eso es algo informe, mi pobre amigo! Hay que destruirlo. Dame acá el martillo. —Y de dos martillazos destrozó al monstruoso grupo, dejando sólo aquella mariposa, admirablemente esculpida.

A partir de aquel día, ya no volvió Aurelio a crear nada. Con absoluta indiferencia miraba el mármol y el bronce y todas sus divinas creaciones anteriores, en las cuales anidara la belleza inmortal. Pensando despertarle su antiguo fervor por el trabajo, vivificar su alma mortecina, llevándolo a contemplar las más bellas obras de otros artistas..., pero no sacudió ante ellas su apatía y la sonrisa no vino a caldear sus cerrados labios. Y sólo, después que le hubieron hablado largo y tendido de la belleza, objetó cansado y bostezante:

—Pues para que lo sepáis, todo eso es... mentira. Pero de día, en cuanto brillaba el sol, salíase a su espléndido jardín construido con un alarde de arte y buscando allí un lugar adonde no hiciese sombra, entregaba su desnuda cabeza y sus nublados ojos a su brillo y su flama. Revoloteaban por allí mariposas rojas y blancas; en la marmórea fuente corria, chapo-



teaba el agua, manando de las crispadas fauces de un sátiro; y él que estaba allí sentado, sin moverse... cual pálido trasunto de aquel que en la profunda lejanía, en las mismas puertas del pedregoso yermo, permanecía así también, sentado y sin moverse, bajo los ardientes rayos del sol.

## V

Y hete aquí que hubo de llamar a Lázaro a su palacio, el propio divino Augusto.

Vistieron suntuosamente a Lázaro, con solemnes atavíos nupciales, como si el tiempo los legitimase y hasta el fin de sus días hubiese de seguir siendo el navío de una novia ignorada. Parecía como si a un viejo y podrido féretro que ya empezaba a pudrirse y deshacerse, le hubiesen dado capa de oro y colgádole nuevos y alegres cascabeles. Y triunfalmente llevándolo entre todos, todos ataviados y brillantes, cual si de verdad fuese aquel un viaje de bodas y trompeteaban los batidores en sus trompetas pidiendo paso para el legado del emperador. Pero desiertos estaban los caminos de Lázaro; su país

entero maldecía ya el nombre del resucitado y el pueblo huía al solo anuncio de su aproximación terrible. Las trompetas eran las únicas que sonaban y el desierto les respondía con sus largos ecos.

Lleváronlo luego por el mar. Y fué el mas lujoso y el mas triste navío, que jamás se hubiese reflejado en las ondas del Mediterráneo. Muchos pasajeros iban a bordo de él, pero resultaba silencioso como una tumba y parecía cual si llorase el agua, al hendirla la aguda y esbelta proa. Solo iba allí sentado Lázaro, expuesta al sol la frente; escuchaba el rumor de las olas y callaba mientras lejos de él, en confuso enjambre de tristes sombas, sentábanse y bostezaban marineros y embajadores. Si en aquellos momentos hubiese estallado una tempestad y desgarrado el viento las rojas velas, es seguro que el bajel habríase hundido, sin que ninguno de los que a bordo llevaba hubiese tenido fuerzas ni deseo de luchar por su vida. Haciendo un supremo esfuerzo, asomábanse algunos a la borda y fijaban ansiosos la vista en el azul, diáfano abismo... ¿No se deslizarían por entre las ondas los hombros rosados de una náyade?... ¿no retozaría en ellas, levantando con sus cascos ruidosos surtidores,

algún ebrio centauro, loco de alegría? Pero desierto estaba el mar y mudo y vacío el ecuóreo abismo.

Indiferente recorrió Lázaro las calles de la ciudad eterna. Habríase dicho que toda su riqueza, sus grandes edificios, erigidos por titanes, todo aquel brillo y. belleza de un vivir refinado..., eran para él apenas otra cosa que el eco del viento en el desierto, el reflejo de las muertas inestables arenas. Rodaban las carrozas, pasaban densos grupos de gentes recias, gallardas, bellas y altivas, fundadoras de la ciudad eterna y orgullosas partícipes de su vida; sonaban canciones..., reían las fuentes y las mujeres con su risa perlada..., filosofaban los borrachos... y los que no lo estaban escuchaban sus discursos, y los cascotes de los corceles aporreaban a más y mejor las piedras del pavimento. Y rodeado por doquiera de alegre rumor, cual un frío manchón de silencio, cruzaba la ciudad el sombrío, pesado Lázaro, sembrando a su paso el desánimo, sombra y una vaga, consuntiva pena.

¿Quién se atreve a estar triste en Roma? — murmuraban los ciudadanos y fruncian el ceño; pero ya, al cabo de dos días, nadie ignoraba en la curiosa Roma al milagrosamente resucitado y con terror se apartaban de él.

Pero también allí había muchos osados que querían probar sus fuerzas y Lázaro acudía dócilmente a sus imprudentes llamadas. Ocupado en los asuntos de Estado, tardó el emperador en recibirlo y por espacio de siete días enteros anduvo el milagrosamente resucitado por entre la muchedumbre.

Y una vez hubo de llegarse Lázaro a un alegre borracho y éste riendo con sus rojos labios, lo saludó diciendo:

—¡Ven acá, Lázaro, y bebe!... ¡Que Augusto no podrá contener la risa, cuando te vea borracho!

Y reían aquellas mujeres desnudas, borrachas, y ponían pétalos de rosa en las azulosas manos de Lázaro. Pero no bien fijaban los borrachos sus ojos en los ojos de Lázaro... ya se había acabado para siempre su alegría. Toda su vida seguían ya borrachos; no bebían ya, pero no se les pasaba la jumera... y en vez de esa jovial locuacidad que el vino infunde, sueños espantables ensombrecían sus mentes infelices. Sueños horribles venían a ser el único pábulo de sus almas desatentadas. Sueños horribles, lo mismo de noche que de día, tenían los cautivos de sus monstruosos engendros y la muerte misma era menos horrible que aquellos sus fieros pródromos.

Pasó una vez Lázaro por delante de una parejita de jóvenes, que se amaban y eran bellísimos en su amor. Estrechando ufano y recio entre sus brazos a su amada, dijo el joven con honda compasión:

—Miranos, Lazaro, y alégrate con nosotros. ¿Hay acaso en la vida algo más poderoso que el amor?

Y miró Lázaro. Y toda su vida siguieron ellos amándose, pero su amor se les volvió triste y sombrío cual aquellos cipreses sepulcrales, cuyas raíces se nutren de la podredumbre de las tumbas y cuyas agudas y negras copas tiéndense afanosamente al cielo en la plácida hora vespertina. Lanzados por la misteriosa fuerza de la vida uno en brazos del otro, iban sus besos mezclados con lágrimas, su placer, con dolor, y ambos sentíanse como dos esclavos; cual dos sumisos esclavos de la vida exigente y servidores sin rechistar de la amenazante silenciosa Nada. Eternamente unidos, eternamente separados, chisporroteaban como chispas y como chispas se apagaban en la ilimitada oscuridad.

Y pasó Lazaro junto a un orgulloso sabio y el sabio le dijo:

—Yo ya sé todo cuanto puedas decir de horrible, Lázaro... ¿Con qué podrías tu asustarme ya?

Pero al cabo de breve tiempo, ya sintió el sabio que conocer lo horrible... no es todavía lo horrible y que la visión de la muerte... no es todavía la muerte. Y sintió asimismo que la sabiduría y la necedad vienen a ser iguales ante la faz de lo Infinito, porque el Infinito no sabe nada de ellas. Y borraré el lindero entre vision y ceguera, entre verdad y mentira, entre el arriba y el abajo, y su pensamiento informe quedóse colgando en el vacío. Y entonces llevóse el sabio las manos a la cana cabeza y clamó, desolado:

—¡Ay, que no puedo pensar! ¡Que no puedo pensar!

Así perecía, ante la mirada indiferente del milagrosamente resucitado, todo cuanto contribuye a afianzar la vida, el pensamiento y su gozo. Y empezaron los hombres a decir que era peligroso llevarlo a presencia del emperador y que era preferible matarlo y enterrarlo en secreto y decirle al César que había desaparecido no se sabía dónde. Y ya se afilaban los cuchillos y jóvenes leales al poder de la vida, apréstabanse con abnegación al homicidio... cuando Augusto

mandó que a la mañana siguiente le llevaran a Lázaro y con ello frustró aquellos planes crueles.

Pero ya que era imposible eliminar del todo a Lázaro acordaron los cortesanos atenuar por lo menos la penosa impresión que producía su rostro. Y a ese fin, reunieron hábiles artistas que, toda la noche trabajaron modelando la cabeza de Lázaro. Le recortaron las barbas, y se las rizaron, dándoles una apariencia grata y bella. Desagradable resultaba aquel mortal viso azul de sus brazos y su cara y con colorete se lo quitaron; blanqueáronle las manos y le arrebolaron las mejillas. Repelentes resultaban aquellas arrugas que el sufrimiento marcara en su rostro senil y se las quitaron y borraron del todo y sobre aquel fondo limpio grabáronle con finos pinceles las arrugas de una benévola risa y de una jovialidad simpática y bonachona.

Con absoluta indiferencia sometióse Lázaro a cuanto quisieron hacerle y quedó pronto convertido en un anciano naturalmente gordo, guapo, apacible y cariñoso abuelo de numerosos nietos. Aún no huyera de sus labios la sonrisa con que contara divertidos chascarrillos, aún perduraba en el rabillo del ojo una mansa ternura senil... tal hacía pensar. Pero a quitarle sus vestiduras nupciales, no se atrevieron, como tam-

poco lograron cambiarle los ojos..., aquellos cristalillos opacos y terribles, al trasluz de los cuales miraba a las gentes el propio inescrutable Allá.

## VI

No impresionaron a Lázaro lo mas mínimo los imperiales aposentos. Cual si no advirtiese la diferencia entre su derruída casa, a cuyos umbrales llegaba el desierto, y aquel sólido y bello palacio de mármol...; con esa misma indiferencia miraba y no miraba, al pasar.

Y los recios pisos de mármol parecían volverse bajo sus pies semejantes a las movedizas arenas del yermo y aquella muchedumbre de gentes bien vestidas y arrogantes convertíase en algo así como la vacuidad del aire, bajo su mirada. No lo miraban a los ojos al pasar, temiendo quedar sometidos al terrible poder de sus pupilas; pero cuando por el pesado ruido de sus pisadas sentían que ya pasaba de largo... erguían la frente y con medrosa curiosidad contemplaban la figura de aquel anciano sombrío, corpulento, levemente encorvado, que despacio se adentraba en el propio corazón del imperial palacio.



Si la muerte misma hubiera pasado ante ellos, no los hubiera aterrado más; porque hasta entonces sólo los muertos habían conocido a la muerte, y los vivos sólo de la vida habían, y no había puente alguno entre una y otra. Pero aquel hombre extraordinario conocía a la muerte y tenía una significación ambigua y terriblemente maldita. —¡Va a matar a nuestro grande, divino Augusto!— pensaban los cortesanos llenos de pavor y lanzaban impotentes maldiciones a la zaga de Lázaro, el cual lentamente y con indiferencia absoluta seguía adelante, adentrándose cada vez más en las honduras del palacio.

Ya estaba también informado el Cesar de la clase de hombre que era Lázaro, y aprestábase a recibirlo. Pero era hombre varonil, sentía toda la magnitud de su enorme e invencible poder y en su fatal entrevista a solas con el milagrosamente resucitado no quería apoyarse en la débil ayuda de la gente. Solo con él, cara a cara los dos, recibió el Cesar a Lázaro.

—No levantes hasta mí tu mirada, Lázaro — ordenóle cuando aquél entró en la cámara.

Me han dicho que tu rostro es semejante al de Medusa y que conviertes en piedra a quien miras.

Pero yo quiero mirarte a ti y hablar contigo antes que me conviertas en piedra —añadió con imperial jovialidad, no exenta de terror.

Y llegando a Lázaro contempló de hito en hito su rostro y sus extrañas vestiduras nupciales. Y padeció el engaño del artístico aliño, aunque su mirar seguía siendo agudo e insolente.

—¡Vaya! Al parecer, no tienes nada de espantoso, respetable anciano. Pero tanto peor para la gente el que lo horrible asuma tan respetable y simpático aspecto. Hablemos ahora.

Sentóse Augusto e interrogando con la mirada tanto como con la palabra, inició el diálogo: — ¿Por que no me has saludado, al entrar? Lázaro con indiferencia, contestóle:

—No sabia que hubiera que hacerlo.

—Pero ¿quién eres tú?

Con cierto esfuerzo respondió Lázaro: —Yo he sido un muerto.

—Bien. Ya lo he oído decir. Pero y ahora ¿quién eres?

Lázaro tardó en responder y al cabo repitió con indiferencia y vaguedad:

—Yo he sido un muerto.

—Escúchame, desconocido —dijo el emperador, expresando clara y severamente lo que ya antes pensara— mi imperio es un imperio de vivos; mi pueblo, un pueblo de vivos y no de muertos. Y tú estás de más aquí. No se quien seas, no se lo que allí hayas visto...; pero si mientes, abominaré de tu mentira; y si dices verdad..., abominaré de tu verdad. Siento en mi pecho el palpitar de la vida; en mis manos, el poder... y mis altivos pensamientos, igual que las águilas, recorren con sus alas el espacio. Y allí, a mis espaldas, bajo la salvaguardia de mi poderío, bajo las redes de las leyes por mí promulgadas, viven y trabajan y se alegran los hombres. ¿No oyes esta portentosa armonía de la vida? ¿No oyes ese grito de guerra que lanzan las gentes a la faz del que pasa, provocándole a lucha?

Augusto extendió los brazos en actitud de rezo y solemnemente exclamó:

—¡Bendita seas, grande, divina vida!

Pero Lázaro callaba; y con severidad creciente, continuó el emperador:

—Tú estás de más aquí. Tú, despojo lamentable, medio roído por la muerte, infundes a los hombres tristeza y aversión a la vida; tú, como la oruga de los

campos, devoras la pingüe mies de la alegría y dejas la baba de la desesperación y el encono. Tu verdad es semejante al puñal tinto en sangre de nocturno asesino... y como a un asesino voy a entregarte al verdugo. Pero antes quiero mirarte a los ojos. Puede que solo a los cobardes metan miedo y a los valientes les despierten ansias de combate y victoria..., y, si así fuere, no serás digno del suplicio, sino de un premio... Mírame también tu a mí, Lázaro.

Y al principio parecióle al divino Augusto que era un amigo el que lo miraba... que así era de mansa, de tiernamente halagadora la mirada de Lázaro. No terror, sino una dulce serenidad prometía, y a una tierna amante, a una compasiva hermana... o madre parecíase lo Infinito. Pero sus abrazos volvíanse cada vez mas fuertes y ya la respiración faltábale a los labios ávidos de besos y ya por entre el suave talle del cuerpo asomaban los férreos huesos, apretados .en férreo círculo... y unas garras de no se sabia quién rozaban el corazon y en él se clavaban.

—¡Oh, que dolor! —exclamó el divino Augusto—. ¡Pero mira, Lazaro, mira!

Lentamente abrióse una pesada puerta, cerrada de siglos y por el creciente resquicio, entróse fría

y tranquilamente el amenazante horror de lo Infinito. Y he aquí que como dos sombras penetraron allí el inabarcable vacío y la inabarcable tiniebla, y apagaron el sol; lleváronse la tierra de debajo de los pies y la techumbre de sobre las cabezas. Y dejó de doler el desgarrado corazón.

—Mira, mira, Lazaro —ordenó Augusto, tambaleándose.

Detúvose el tiempo y terriblemente se juntaron el principio y el fin de toda cosa. Aún recién levantado el trono, de Augusto derrumbóse y ya el vacío vino a ocupar el lugar del trono y de Augusto. Sin duda alguna, desplomóse Roma y una nueva ciudad vino a ocupar su puesto y también, a su vez, se la tragó el vacío. Cual colosales espectros, caían y desaparecían en el vacío ciudades, imperios y países y con indiferencia se los tragaban, sin hartarse, las negras fauces de lo Infinito.

—Deténte —ordenó el emperador. Y ya en su voz vibraba la indiferencia e inertes colgaban sus manos y en su afanosa lucha con la creciente tiniebla encendíanse y se apagaban sus aquilinos ojos.

—Me has matado, Lázaro —dijo de un modo vago y bostezante.

Y aquellas palabras de desesperanza lo salvaron. Acordóse del pueblo, a cuya defensa venía obligado y un agudo, salvador dolor penetró en su corazón agonizante. —¡Condenados a perecer! — pensó con pena—. Sombras luminosas en la tiniebla de lo infinito —pensó con espanto— frágiles arterias con hervorosa sangre, corazones que saben del dolor y la gran alegría", pensó con ternura.

Y así pensando y sintiendo, inclinando la balanza ya del lado de la vida, ya del lado de la muerte, volvióse con lentitud a la vida para en sus dolores y sus goces, encontrar amparo contra las tinieblas del vacío y el espanto de lo Infinito.

—¡No; no me has matado, Lazaro! —dijo con firmeza— ¡pero yo voy a matarte a tí! ¡Ven acá! Aquella noche, comió y bebió con especial fruición el divino Augusto. Más de cuando en cuando flaqueábale en el aire la levantada mano y un opaco brillo deslucía el radiante fulgor de sus ojos aguilinos... otras el horror corríale en doloroso calofrío por las piernas. Vencido, pero no muerto, esperando friamente su hora, cual una negra sombra permaneció toda su vida a su cabecera, imperando por las noches y cediendo dócilmente los claros días, a los sufrimientos y goces del vivir.

Al día siguiente, por orden del emperador, con un hierro candente quemáronle a Lázaro los ojos y lo volvieron a su tierra. A quitarle la vida no fué osado el divino Augusto.

Volvió Lázaro a su desierto y acogiólo el desierto con sus vientos de alentar sibilante y su calcinante sol. De nuevo se sentó sobre la piedra, levantando a lo alto sus greñudas barbas salvajes y dos negros huecos en lugar de sus quemados ojos, miraban estúpida y terriblemente al cielo. En la lejanía, zumbaba y rebullíase inquieta la ciudad santa; pero en su proximidad todo estaba yermo y mudo; nadie se acercaba al lugar donde dejaba correr los días el milagrosamente resucitado y hacia ya mucho tiempo que los vecinos abandonaran su casa.

Traspasado por el hierro candente hasta lo hondo del meollo, su maldita fama manteníase allí como en emboscada; como desde una emboscada lanzaba él miles de ojos invisibles sobre el hombre ... y ya no osaba nadie mirar a Lázaro.

Pero al atardecer, cuando enrojeciendo y guiñando, declinaba el Sol hacia su ocaso, lentamente íbase tras él el ciego Lázaro. Tropezaba con los guijos y caía, obeso y débil; a duras penas se levantaba y

seguía andando; y sobre el rojo fondo del poniente, su negro torso y sus tendidos brazos, dábanle un prodigioso parecido con la cruz.

Y sucedió que salió un día al desierto y ya no volvió más. Así por lo visto, acabó la segunda vida de Lázaro, el que había pasado tres días bajo el misterioso poder de la muerte y resucitado milagrosamente después.

(Tomado de las "Obras Completas" de Andreiev, traducidas del ruso por Rafael Cansinos Assens, y publicadas en la colección Obras Eternas de Editorial Aguilar, que ha autorizado la inclusión de este cuento en la presente edición)